

La Ilustración Artística

Año XVII

BARCELONA 25 DE ABRIL DE 1898

Núm. 852

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SAINETES MATRITENSES. - Un novio filipino, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)



Texto.— *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Manuel Domínguez*, por R. Balsa de la Vega. — *Sainetes matritenses. Un novio filipino*, por A. Danvila Jaldero. — *Nuestros grabados. El sostén de la familia*, novela (continuación). — *Carteles artísticos*. — Libros. — *La mujer oso*.

Grabados.— *Un novio filipino*, dibujo de N. Méndez Bringa. — *Manuel Domínguez. Fecundidad. La Ciencia. Fausto y Margarita. Práctica geográfica. La Agricultura. La Ciencia. La Industria*, pinturas de Manuel Domínguez. — *Srita. Storchio y Sra. Barone; Sres. Bonci, Butti, Puiggener, Navarrini y Polonini*, intérpretes de la ópera *La Bohème*. — *En la playa*, cuadro de A. Salinas. — *Día de mercado en un pueblo de Italia*, cuadro de V. March. — *Mapa de los Estados Unidos, Méjico y mar de las Antillas*. — *Mapa de Cuba. Carteles artísticos. El destructor de torpederos Audaz. La mujer oso*.

CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS

DE

«LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA»

Nos permitimos llamar la atención de nuestros suscriptores y del público en general sobre el concurso de fotografías que anunciamos en el prospecto del presente año y cuyas principales condiciones extractamos a continuación.

El concurso se verificará el día 1.º de junio próximo y las fotografías, que podrán ser instantáneas en general ó reproducciones de obras de arte y que habrán de tener por lo menos un tamaño de 13 x 18 centímetros, deberán obrar en poder de la Dirección por todo el día 1.º de mayo, no siendo admitidas las que lleguen con posterioridad á esta fecha ni teniendo sus remitentes derecho á que les sean devueltas. Todas las remesas se dirigirán á los Sres. Montaner y Simón (calle de Aragón, 309 y 311), y las pruebas se enviarán pegadas en cartulina con su correspondiente título y con el lema ó seudónimo que elija su autor, debiendo acompañar á cada remesa un sobre cerrado en cuya cubierta vayan consignados el título y el lema ó el seudónimo correspondientes á la fotografía y dentro del cual se indiquen el nombre y domicilio del autor. Las fotografías que resulten premiadas se publicarán en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reproducidas por los mejores procedimientos, reservándose, además, el periódico el derecho de publicar aquellas que sin haber sido premiadas sean consideradas dignas de reproducción.

Los premios que se ofrecen son: un *primer premio*, consistente en un ejemplar de la HISTORIA DE ESPAÑA de D. Modesto Lafuente, edición de gran lujo; un *segundo premio*, consistente en un ejemplar de DON QUIJOTE DE LA MANCHA, edición de gran lujo; un *tercer premio*, consistente en un ejemplar de la HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS, por J. A. Spencer y Horacio Greeley, profusamente ilustrada, y seis *acésit*, consistentes en otras tantas suscripciones gratuitas por un año á la Biblioteca Universal con los correspondientes regalos de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y del SALÓN DE LA MODA.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Absorción del espíritu público en las cuestiones intercontinentales. — Nota del ministro americano al gobierno de Madrid. — Digna respuesta del gobierno. — Últimatum retirado. — Aparición súbita del Papa ofreciendo su intervención. — Error del gobierno sobre los poderes presentados en este litigio por el Papa. — Negativa del presidente americano sobre su intervención en las mediaciones pontificias. — Razones públicas y privadas que mueven el proceder de León XIII. — Intervención de las grandes potencias europeas. — España debe sostener el principio de no intervención. — Observaciones. — Conclusión.

No puede uno desasirse del interés despertado por las infinitas cuestiones intercontinentales, á cada paso en el tiempo y en el espacio sufridas con triste abundancia y con frecuencia persistente. Aunque tales cuestiones terribles no interesasen como interesan, en primer término, á nuestra patria y á nuestros hogares, interesarían por todo cuanto pueden influir en el destino y suerte de la humanidad y de la tierra. Comencemos por un sencillo relato de los hechos, para fundar en otra ocasión, más tarde, sobre tal relato nuestros sinceros juicios. No puede dudarse que hace algunos días el ministro americano dirigió al gobierno español insolentes y provocativas proposiciones. Suspensión de hostilidades; litigio arbitral entre los rebeldes y el Estado; designación del presidente de la República Sajona como árbitro supremo; indemnizaciones por la pérdida del *Maine*; reducción de las tropas españolas al minimum posible; asambleas primarias y plebiscitos inmediatos para que decidieran los cubanos mismos de su porvenir y suerte; hipócrita ó maquiavélico abandono de la isla, en el cual pretendían que nosotros, las víctimas, fuésemos los reos de tal infamia, cuando menos los cómplices. El efecto de tales proposiciones, unas dichas paladinamente, otras insinuadas con arte, produjo estrago enormísimo en el gobierno nacional y le determinaron á dirigir contra tan insolentes despropósitos una radical é irrevocable negativa. No sa-

bemos lo que sucediera tras esto, ni en los consejos de la corona hispánica, ni entre los ministros de la presidencia yankee; lo cierto es que, después de haber presentado un arrogantisimo ultimatum el plenipotenciario sajón dando breve plazo á nuestros ministros para romper su silencio, expidió nueva carta en cuyo texto revocaba todo cuanto había dicho y todo cuanto había hecho, prometiéndose, por conclusión inverosímil, de la grande amistad entre los americanos y los españoles un inmediato arreglo de todas las diferencias y un largo período de profunda paz.

* *

Nadie podía explicarse tan brusca metamorfosis, objeto de comentarios diversos todo aquel día, cuando al día siguiente aparece súbita nueva, por nadie aguardada y sorprendiendo á todos: la intervención del Papa en los litigios hispano-americanos. Hay por las alturas del Estado, como es natural, tanto partidario de la paz á toda prisa y costa, que salieron por esas calles de Dios muchos de los que habitan tales alturas difundiendo esta singular especie: que se había el gobierno yankee asustado á las arrogancias españolas y propuesto al Papa su intervención moral para conseguir de nosotros, primero un previo armisticio entre aquellos facciosos y nuestros soldados, después un arreglo entre América y España, conduciendo á perpetua y definitiva pacificación general. No faltaban fundamentos á nuestros ministeriales en que levantar su optimismo extraño. Desempeña la embajada española del Vaticano un viejo diplomático, Merry del Val, iniciado en las intimidades de los dioses. Muy amigo de la reina Cristina; muy confidente del Papa León; padre de joven secretario, á quien Su Santidad distingue con paternal afecto colmándole de beneficios; partidario acérrimo de la sociedad y de la banda papalina intransigente, está Merry en todos los secretos, repito. Y como está en todos los secretos, no podía engañarse al decir, y decirlo con todas sus letras, que Mac-Kinley había recurrido personalmente, por medio del obispo de San Paolo, tan apreciado en el Vaticano, á la intervención del Papa para que recabase con su autoridad y poder moral, primero el armisticio encaminado á la tregua, después el arreglo generador de la pacificación.

* *

¡Cosa extrañísima! En cuanto América supo lo difundido en España, protestó contra la imputación de haber demandado á nadie, y menos al Papa, intervenciones efectivas en las dificultades hispano-americanas. Al recibir tal noticia, cayéronse los palos del sombrero á la corte ministerial, y de sus optimismos exagerados pasó á un pesimista desengaño ésta, de terrible acerbidad. Y no había para menos. El gobierno español, en cuanto conociera la propuesta del Papa, no sólo aceptara con alegría tal notificación, sino que cediera con humildad á las mediaciones pontificias, siquier propuestas por nuestro implacable y cruel enemigo, el presidente de la República Sajona. Desmentido, y desmentido con severidad por los yankees, el recurso y apelación al Papa, no tuvo más remedio nuestro gobierno que pedir aclaraciones á la noticia del embajador; y obtenidas estas aclaraciones, no alcanzaron más resultado que una personal rectificación del pontífice, asegurando haber intervenido por su propia cuenta, no por cuenta ni encargo de nadie. Imagínese cuánto sería el asombro de nuestro gobierno al verse así chasqueado. Y este asombro aumentó viendo la insistencia de León XIII, quien reclamaba por sí, con personal espontaneidad, primero el armisticio, después el arreglo. No podía la situación española hoy gobernante pasar por esto. Mientras creyó al Papa designado por la parte contraria, sometióse al Papa; mas en cuanto supo no estar autorizado por nuestro enemigo para la mediación, decidió desoir las súplicas de León XIII y negarse primero al armisticio, después al arreglo.

* *

Hay en esta intervención del Papa miles de misterios los cuales deben conocerse. No digo especie que deje de saber Madrid entero, si digo cómo la reina se ha resuelto por su cuenta y riesgo, sin audiencia ni consejo muchas veces de sus ministros, al arreglo de la cuestión cubana en los consejos diplomáticos y en los gobiernos varios de nuestro viejo continente. Aunque no me parece constitucional ni acertada esta intervención personalísima de S. M. en asuntos tan graves como nuestras relaciones internacionales, comprendo que los gobiernos y los embajadores europeos hayan deferido á las instancias de

una reina inteligente y virtuosa, viuda desolada que siempre despierta el interés y la compasión general, madre de niños, que aun á los ojos republicanos más empedernidos aparecen como puros y amables ángeles. Todos los monarcas europeos habían de atender, aunque por medio de fórmulas corteses, sin fondo de realidad ninguno, con mucha deferencia y sumo interés, á las súplicas de María Cristina. Mas entre todos los poderes públicos ninguno tan obligado á tales deferencias como el poder Pontificio. Dado el carácter universal de la Santa Sede y el carácter particularísimo de León XIII, la mediación de éste, mediación razonable ó no razonable, mediación admisible ó no admisible, debía por el pronto realizarse, despertando engañosas esperanzas en los amigos fervientes de la paz pronta. Mas á las esperanzas han sucedido crueles desengaños, y estos desengaños nos explican la intervención de los embajadores europeos en el problema cubano.

* *

El Papa sigue tal asunto con extraordinario interés, porque le solicitan á ello razones de política universal, con razones puramente familiares y domésticas. Un sobrino suyo, perfecto caballero, el caballero Pecci, está casado con habanera hermosísima, de una gran familia cubana, quien posee numerosos ingenios en la devastada isla. Y esta particularidad no sólo influye muchísimo en las determinaciones del Papa respecto de Cuba, le presta conocimiento de datos y noticias que aparecen muy apreciables en el ministerio, por su espontaneidad iniciado, de una inmediata mediación. A estas razones domésticas se juntan innumerables razones públicas. Aunque los católicos sólo sean ocho millones en América y setenta y dos los luteranos, el Pontífice cultiva mucho las iglesias americanas, por lo mismo que nacen como plantas espontáneas en aquella sociedad, y se mantienen florecientes á la nutrición riquísima que les presta por suscripciones cuantiosas la caridad y la devoción populares. Los obispos ortodoxos americanos tienen tanto interés como los demás obispos de aquella República en la paz cubana; y así, mientras el clero protestante pide á Dios esta paz en sus rezos, el clero católico la pide en sus rezos también, primero á Dios con plegarias continuas, después al Papa con gestiones oficiosas. Y debo advertir, dicho esto, una especie ignorada por gran parte del pueblo español; debo advertir que, atendiendo á noticias particulares mías, todas ellas fidedignas, el Papa en este asunto ahora no da por completo la razón en todo á los españoles, como cree, sin fundamento, parte considerable de nuestra España.

* *

He aquí por qué yo soy tan enemigo de la intervención del Papa. Y veo en ella un señuelo tendido por el gobierno americano á la religiosidad española. Por esto cuando todos se regocijaban viendo al Papa en escena, yo me apenaba y entristecía. Francamente, aunque los conatos de intervención del Papa no hayan producido otro efecto más que la intervención europea, me aflige, y me aflige muchísimo, porque juzgo esta intervención del todo baladí, cuando no perjudicial y dañosa. En las grandes competencias políticas, sobre todo si estas competencias se levantan á competencias guerreras, hay que tomar un seguro inexpugnable, y no salir de tal seguro aunque lo sitien y lo asedien, por sospechas y recelos de caer bajo la dominación y tutela de los sitiadores. Nuestro principio, el principio español por excelencia en que nos fortificamos y desde donde arremetemos con nuestros enemigos los yankees, teniendo el derecho por completo de nuestra parte, ¡ah!, es el principio de no intervención. Y si dejamos intervenir á las potencias en el conflicto hispano-sajón, ¿cuál motivo invocaremos para negarnos á las malvadas intervenciones propuestas por los ciegos y desatentados yankees? Así la primera intervención de los gobiernos europeos hanos costado ya una grave crisis por causa del inverosímil armisticio, impopular de toda impopularidad, entre los dignos y honrados españoles. No podemos consentir que se trate á Cuba como si Cuba fuera Creta, ni que se trate á España como si España fuera la Turquía de Occidente. Nosotros en este conflicto, sin apelar á nadie, queremos salvarnos con las fuerzas propias y con los propios medios, y nos salvaremos, porque no han desaparecido de nuestra tierra los héroes y porque no ha muerto el Dios que nos condujo desde los Pirineos á las Antillas en nuestras nacionales epopeyas.

Madrid, 17 de abril de 1898.



MANUEL DOMINGUEZ

MANUEL DOMINGUEZ

Hace algunos días decía yo en otra parte que antes de conocer á Domínguez me lo figuraba muy serio, cuasi ceñudo, alto, muy dado á estudios intrincados de la historia romana y con ribetes de filósofo moralista. Después de todo - decía yo entonces, - esta figuración mía no tenía nada de extraña, pues no había estudiado al ilustre artista sino en su dramático lienzo *La muerte de Séneca* y en algunas de sus primeras pinturas murales de San Francisco el Grande. Realmente aquellos profetas y personajes bíblicos que en lo alto del templo citado pintó Domínguez, parece como que van á mover los labios y á contar-nos algún trágico acontecimiento de los que perturbaron tan á menudo al pueblo de Israel.

Nada más distinto del Domínguez que yo me había figurado que el Domínguez de *La muerte de Séneca*; de los *profetas* de San Francisco el Grande; de los hermosos *panneaux* decorativos del palacio de los marqueses de Murga; de los cartones que han servido para la decoración exterior en mosaico (léase azulejos) del magnífico edificio de la nueva «Escuela de Ingenieros de Minas»; de las pinturas murales que decoran la gran escalera del nuevo palacio del ministerio de Fomento, por no citar sino uno de los géneros de pintura que más dificultades ofrece y que comenzaron á cultivar los pintores españoles (excepción hecha de Goya, Bayeu y algún otro) hace muy poco más de treinta años.

De mi equivocación respecto de la figura mortal de Domínguez pueden juzgar mis lectores por el retrato adjunto. Es el ilustre pintor de regular estatura, grueso sin llegar á la obesidad, el color de la tez moreno, los ojos azules, bastante claros y llenos de animación, y el cabello y la barba, en un tiempo castaños, hoy cuasi de plata. Por mi parte, y aun cuando él me afirmase muy á menudo lo contrario, puedo asegurar que apenas si advierto en el rostro de Domínguez el sello terrible que los años y los padecimientos le imprimen; excepción hecha de las canas, yo no miro mudanza sensible en la persona de mi ilustre amigo. Y cuenta que llevo algunos años honrándome con su amistad.

Lo mismo me acontece con la personalidad artística del autor de *La muerte de Séneca*. Con el mismo brío, pero sin exaltaciones de ninguna especie, con la misma solidez, con la misma seguridad, con la misma paleta se me exhibe Domínguez en sus pinturas murales alegóricas representando la *Agricultura*, la *Industria*, el *Comercio*, la *Ciencia* y las *Artes* que acaba de pintar en la escalera del nuevo ministerio de Fomento, que en las pinturas citadas del palacio de los marqueses de Linares y en la de San Francisco el Grande. Ni un indicio de desmayo en la ejecución, ni una deficiencia en la expresión clara y sintética de la idea, ni un apresuramiento ni un afemi-

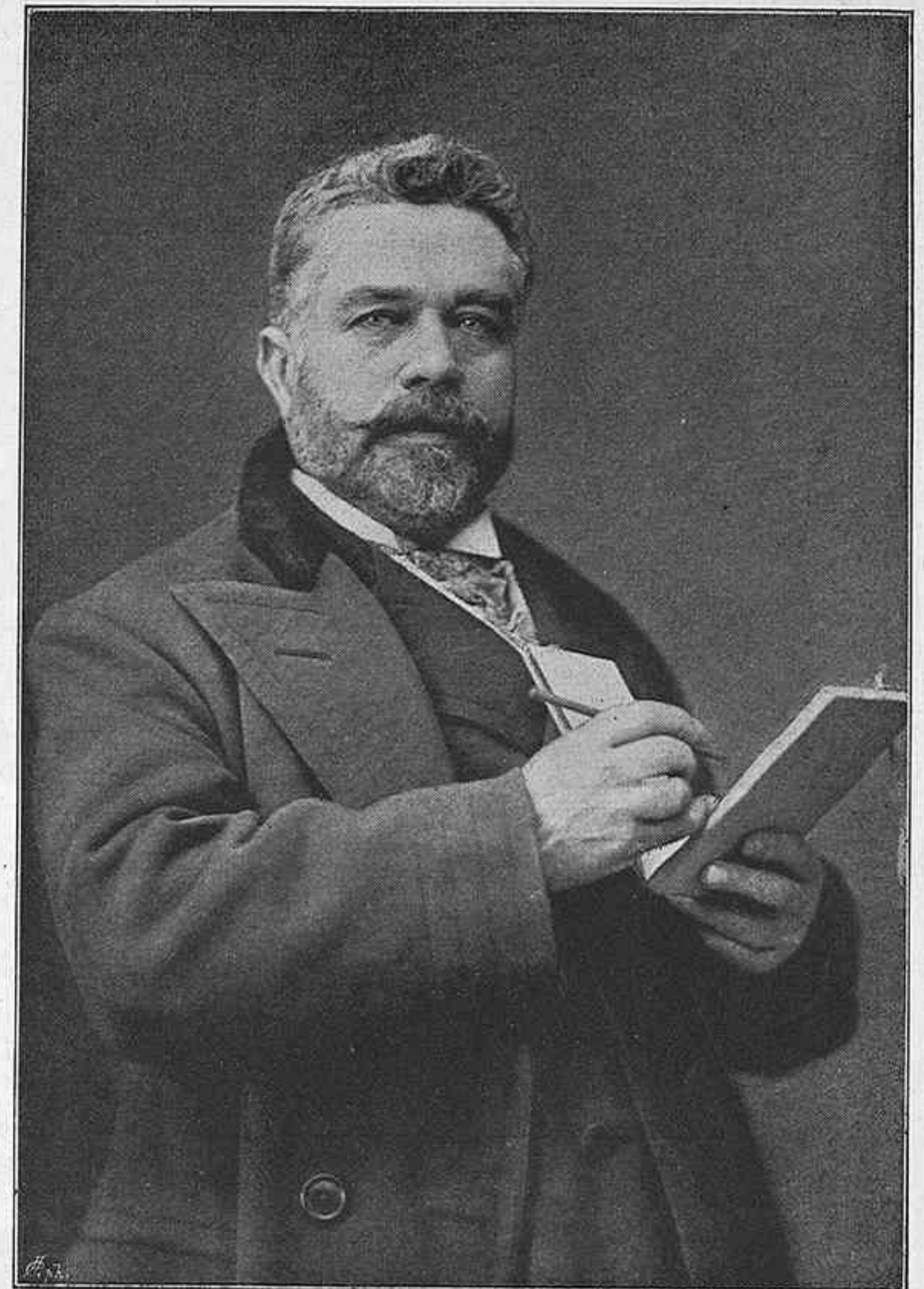
namiento en la ejecución. La misma línea firme y robusta contornea las figuras que acaba de pintar Domínguez, que las de sus cuadros de hace veinte años.

Mas con todo lo dicho, un estudio atento de la fisonomía del artista y del espíritu de sus obras, especialmente de algunas, nos hace entrever otro hombre bien distinto del reposado y tranquilo que vengo describiendo. Bajo la sonriente faz del maestro parece adivinarse, en ocasiones, algo semejante á la inquietud y á la tristeza. Más de una vez he visto cómo se amortiguaba la viva expresión de su rostro y la animación de su mirada. Me parecía ver algo de duda de sus fuerzas, miedo al olvido. Pronto desaparecía esta como nube ante una exaltación que, sin exteriorizarse sino en casos muy raros por medio de la palabra, le arrebatava el rostro y le hacía agitarse como si sostuviera conversación animada consigo mismo. En ocasión de sus trabajos en San Francisco (me refiero á los últimos), he podido advertir esto que aquí digo.

Y tales movimientos de su espíritu se presienten más que verse, como digo más arriba, en algunas de sus obras. Entre varios de los personajes bíblicos por Domínguez pintados en San Francisco, se ve la figura de un profeta - no recuerdo ahora su nombre, - el cual tengo por cierto que habrá de ser mirado por los inteligentes como una de las figuras más sentidas, más *pasionales* que el reposado talento del artista creó ni creará. La expresión del rostro de ese profeta tiene algo de aquel terrible y orgulloso desdén que tan fieramente expresó Miguel Angel en varios de los mismos personajes bíblicos por él trazados en los muros de la Capilla Sixtina. Pues esos movimientos del ánimo, esas inquietudes internas de Domínguez, que adquieren caracteres distintos según los estados de excitación ó de aplanamiento por que atraviesa, se reflejan aun en aquellas de sus obras en que los asuntos son tranquilos. Por no hacer más que una cita y contrayéndome á las pinturas del nuevo Ministerio de Fomento, podemos ver de un modo claro ese fondo moral de Domínguez en la simbólica representación de la *Agricultura*. Estúdiense con algún detenimiento el rostro de esta figura, una de las más bellas de las pintadas por Domínguez en el citado palacio, y se verá cómo envuelve aquel rostro ovalado, rafaesco por la traza, un algo de tristeza honda que pudiera muy bien, por su intensidad psíquica, mirarse como fenómeno moral demasiado alto para producirse en tipo tan típico, tan grandemente realista.

Domínguez fué uno de los asiduos concurrentes del Círculo de Bellas Artes. Hace ya algunos años se reunían allí, además de nuestro pintor, Plasencia, Rico, Casado, Ferrant, Perea (Alfredo), Araujo. Excepción hecha de Domínguez y de Ferrant, todos los demás han muerto. Domínguez dejó de frecuentar el Círculo. Una generación nueva vino á ocupar los puestos que en aquel centro dejaron vacíos los ilustres pintores citados. Se encontró solo, y al cabo concluyó por no volver á jugar la partida de carambolas que diariamente jugaba con sus colegas y compañeros de Roma. Se retiró á su casa. Ya no sale apenas, si no es para dar un paseo por la calle de Serrano al anochecer. Una de las ocupaciones favoritas de Domínguez es la de cultivar flores; y á no impedírselo la premura del trabajo, suele solazarse también con los amigos que van á visitarle jugando una

partida de billar. En aquel saloncito, decorado con tanta sencillez como comodidad, transcurren para Domínguez sus horas mejores. Ni haciendo rodar las bolas, se desmiente la característica externa del pintor: la tranquilidad, el reposo. Antes de tirar una carambola reflexiona mucho y la estudia detenidamente. Yo no recuerdo haberle visto dar dos pifias en una partida.



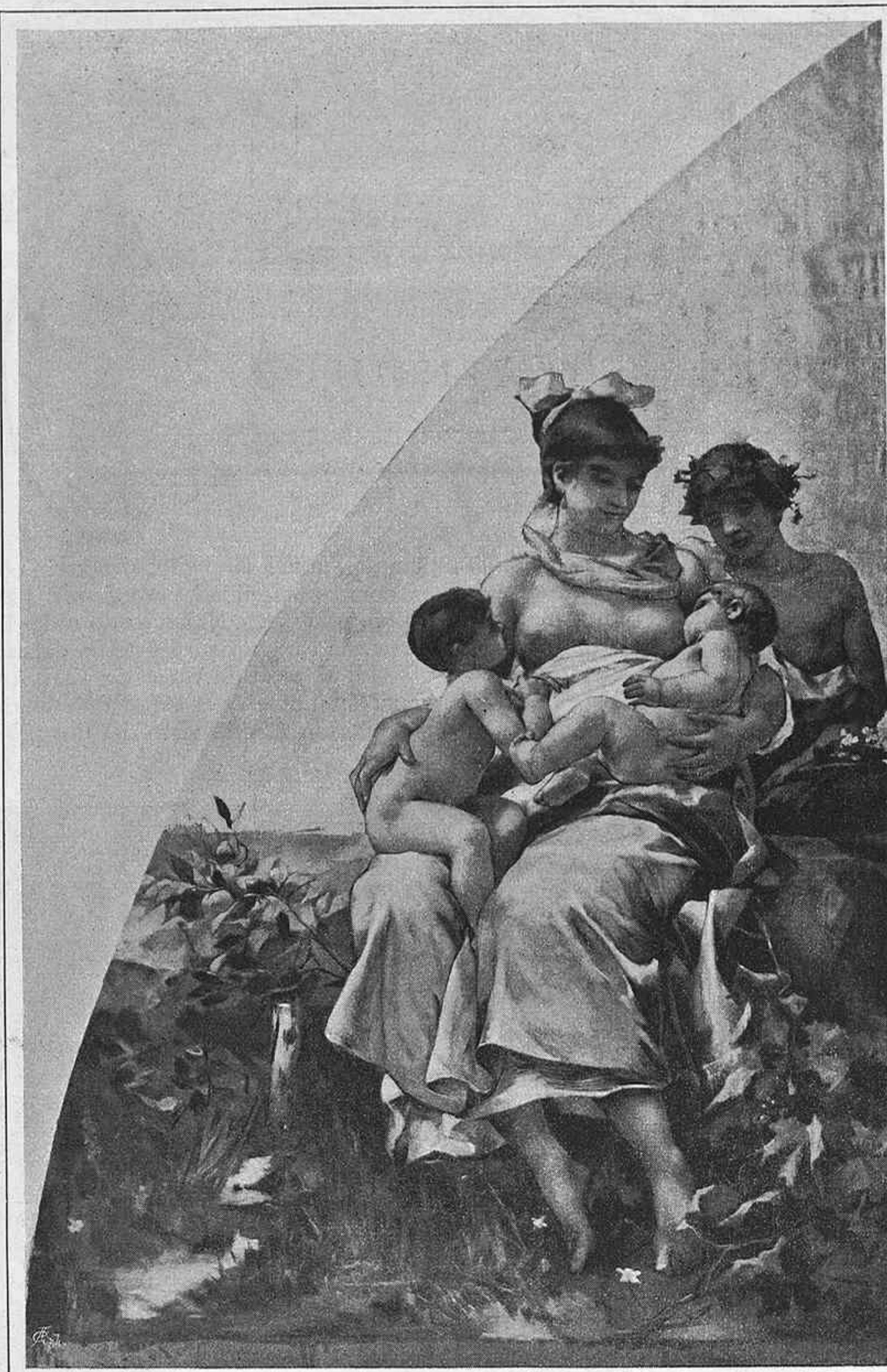
MANUEL DOMINGUEZ
(de fotografía de M. Huerta, Madrid)

He procurado, en el corto espacio de esta semblanza, dar una ligera idea de Domínguez como pintor y desde el punto de vista moral. Si hubiese de hacer su biografía me habría visto apurado para ello, pues no es mi amigo de los que les gusta esa exhibición tan codiciada por las gentes. Sin embargo, como detalle importante para completar el estudio del carácter de Domínguez, diré como *mot de la fin* que solamente en San Francisco el Grande tiene más de treinta grandes figuras y cuadros decorativos; en el palacio de Anglada pintó dos *panneaux*; para el de los marqueses de Murga, cuatro ó cinco; para el palacio de los Sres. de Selgas en Asturias, otros dos ó tres; para el ministerio de Fomento, ocho; para la Escuela de Minas, dos...

El número de retratos pintados de su mano es considerable, y asimismo el de lienzos de gran tamaño. No menos numerosos son sus cuadros de caballete y sus acuarelas y dibujos. Yo calculo que entre pinturas murales y cuadros grandes y pequeños ha producido Domínguez aproximadamente unos doscientos.

Para el autor de *La muerte de Séneca* el arte es gloria... y oro.

R. Balsa de la Vega



[FECUNDIDAD. - LA CIENCIA. - PINTURAS MURALES QUE DECORAN LA ESCALERA DEL MINISTERIO DE FOMENTO EN MADRID, obra de Manuel Domínguez

SAINETES MATRITENSES

UN NOVIPO FILIPINO

I

Los jardinillos de Recoletos en una noche del caluroso verano madrileño.

Doña Ciriaca, vetusta y gordiflona mamá de *Filís*, jovencilla enteca y anémica, ambas vestidas con presuntuosa cursilería, ostentando en sus cabezas la complicada máquina de unos sombreros de legítima confección casera, llenos de lazos, flores, plumas, pájaros y diversidad de hortalizas de trapo, conversan amistosamente con *Pacífico Pampanga*, mocito de acentuado tipo malayo, con traje de dril blanco, hongo de color canela y gruesos brillantes falsos en la sortija y alfiler de la corbata. En torno de estos personajes varios grupos de señoras y caballeros ocupan las sillas alineadas debajo de los árboles.

D.^a CIRIACA. - Y diga usted, Pacífico, ¿ha tenido noticias de su papá?

PACÍFICO. - Ayer justamente llegó correo trayendo carta y letras por valor de algunos miles de pesos.

FILIS. - ¡Ah, esas sí que son buenas noticias!

D.^a CIRIACA. - Bonísimas é interesantes.

PACÍFICO. - Psh, papá sabe como buen banquero que es necesario remitir mucho para acá, porque

con el cambio apenas queda una miseria. Son consecuencias de la guerra.

D.^a CIRIACA. - ¡Ay, no me lo diga usted, que con las dichas guerras está una frita! Nosotras cobramos una pequeñez por las cajas de Puerto Rico, porque el padre de ésta fué gobernador de Mayáguez, y

hay meses que entre giros y descuentos apenas nos dan para el triste cocido.

FILIS. - Gracias á que tenemos además nuestras rentas de Móstoles.

PACÍFICO. - ¡Ah! ¿Conque tienen ustedes rentas? Entonces están ustedes como mi papá, que aunque

desempeña un cargo importante en el palacio de Malacañang, es por puro amor á los *castilas*, porque con su *banca* y sus propiedades inmensas de Tondo y de Binondo le sobra para vivir con lujo. Ya ven ustedes, sólo en su casa de la Luneta tiene cien *batas*.

FILIS. - ¡Qué barbaridad! ¿Has oído, mamá? Cien *batas*. ¡No las tiene aquí ni una duquesa!

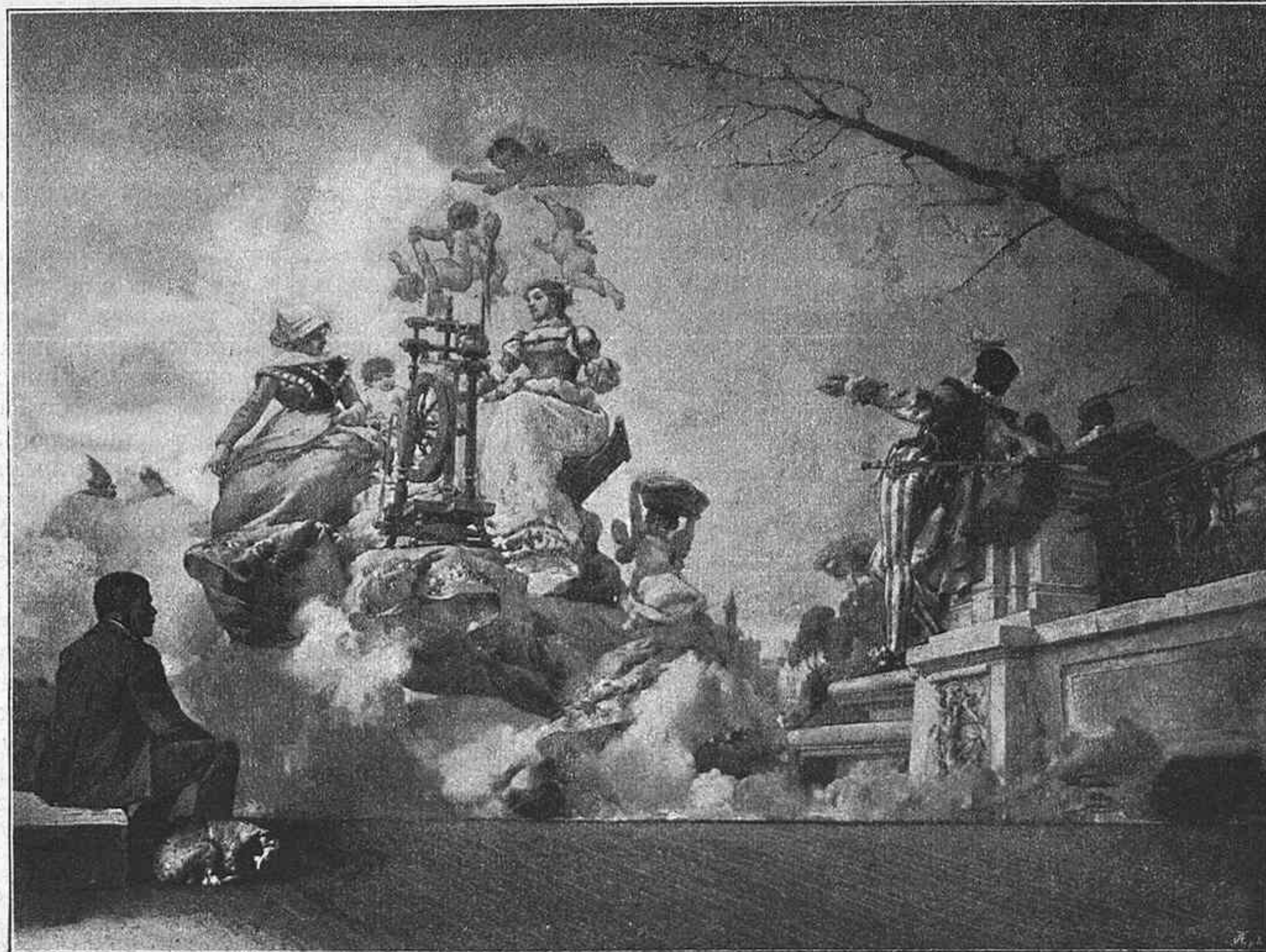
PACÍFICO (*Mirando amorosamente á la niña*). - Y usted tendría más si se decidiera á venir á orillas del Pasig.

FILIS (*Haciéndose la inocente*). - No le entiendo á usted.

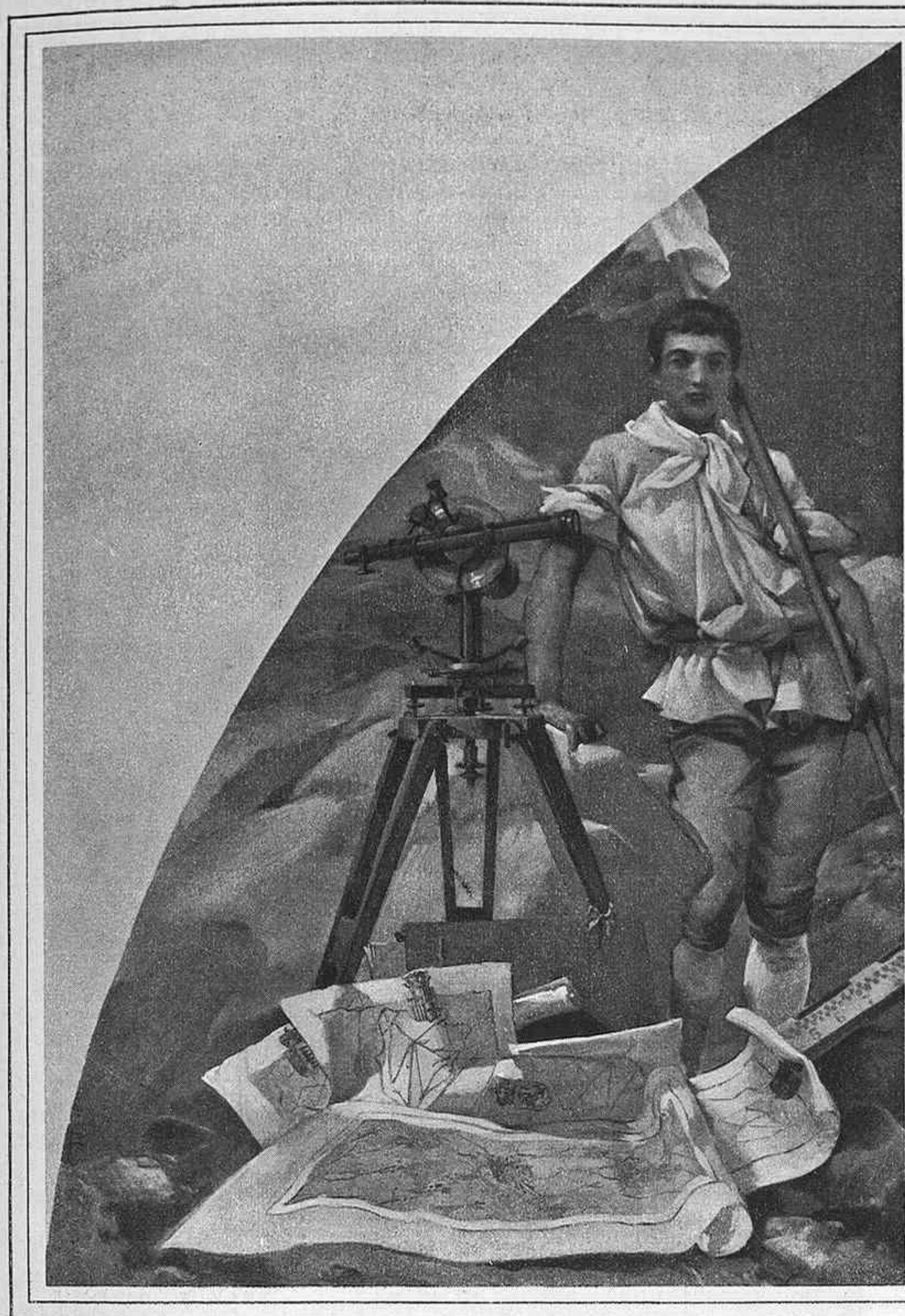
PACÍFICO. - Que si usted quisiera trasladar su residencia á Manila, no faltaría quien le ofreciera un palacio con sus coches y un jardín con muchos *carabaos*.

FILIS (*Aparte*). - ¿Qué demontres será eso de los *carabaos*?

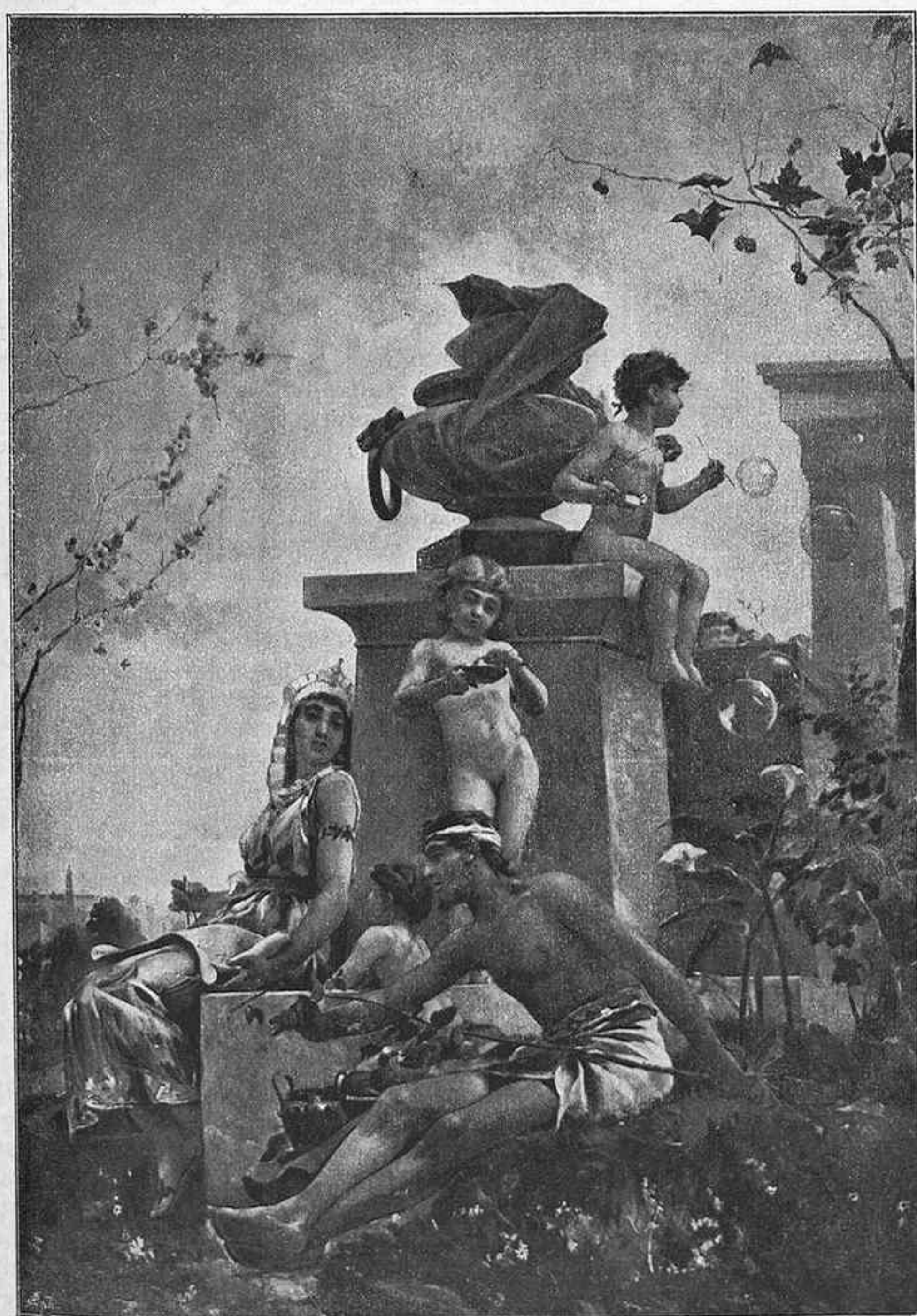
D.^a CIRIACA. - Si no



FAUSTO Y MARGARITA, techo pintado por Manuel Domínguez



PRÁCTICA GEOGRÁFICA. - LA AGRICULTURA. - PINTURAS MURALES QUE DECORAN LA ESCALERA DEL MINISTERIO DE FOMENTO EN MADRID, obra de Manuel Domínguez



LA CIENCIA. - LA INDUSTRIA. - PINTURAS MURALES QUE DECORAN LA ESCALERA DEL PALACIO DEL MARQUÉS DE LINARES EN MADRID, obra de Manuel Domínguez

fuera por tanta agua como hay que pasar, crea usted, Pacífico, que se arrancaría una por ver los monos; pero así... ¿Y cómo no han hecho ustedes ya un ferrocarril ó tranvía cuando menos?

PACÍFICO. — No es imposible, pero es muy difícil. Yo es fácil que trate de llevar á cabo ese proyecto en cuanto acabe la carrera de leyes y me case.

FILIS. — ¡Ah! ¿Conque esas tenemos? Señal de que

FILIS. — Sí, pero tú no cuentas que yo soy de las más antiguas y que me he llevado bailando seis inviernos con todos los muchachos que se han presentado, y nada, hasta que Pacífico se fijó en mí.

JUANITA. — Verdad que es muy feo, pero es de los que se deciden, y hoy en día están los hombres más escamones... Yo ya sabes que he tenido muchos adoradores, pero á todos les ha faltado resolución.

y le envíe veinticinco ó treinta mil duros para la boda, y en seguida á la Vicaría.

D.^a PEPA. — ¿Y eso puede tardar mucho?

D.^a CIRIACA. — Cuestión de unos días, porque anteayer me leyó Pacífico una carta de su papá, en la que le decía que no le enviaba fondos por este correo porque al otro le girará medio millón para ir preparando el casamiento.



LA TIPLE SRITA. STORCHIO, intérprete del papel de *Mimi* en la ópera de Puccini «La Bohème» en el Liceo de Barcelona (de fotografía)



LA TIPLE SRA. BARONE, intérprete del papel de *Musetta* en la ópera de Puccini «La Bohème» en el Liceo de Barcelona (de fotografía)

tiene usted novia, picarán. Vaya, cuéntenos usted, ¿es filipina ó peninsular?

PACÍFICO. — Aún no me he decidido, pero quisiera que fuese de Madrid.

D.^a CIRIACA. — Piensa usted muy bien, Pacífico, muy bien; las madrileñas son muy buenas amas de casa, y habrá usted observado que hay algunas muy guapitas.

PACÍFICO (*Lanzando nuevas miradas incendiarias á Filis*). — Ya lo estoy viendo, ya, mi señora.

FILIS (*Ruborizándose*). — ¡Pero qué galantones son ustedes los filipinos!

PACÍFICO. — Sobre todo sinceros y verídicos, señorita, y cuando hay verdadera simpatía...

D.^a CIRIACA. — Pacifiquito, ¿quiere usted venir con nosotras al Príncipe Alfonso? Un amigo que es de la empresa nos ha enviado un palco para esta noche y nos sobra sitio.

FILIS. — No nos desaire usted; tendremos mucho gusto en que nos acompañe.

PACÍFICO. — Siendo así, acepto reconocido.

D.^a CIRIACA. — Pues vamos, que ya debe ser hora.

PACÍFICO. — Permítanme un momento que tome unos caramelos en ese kiosco. Vuelvo en seguida.

D.^a CIRIACA (*En voz baja á su hija mientras se aleja el mestizo*). — Niña, mucha muleta, que de estos peces entran pocos en libra. Piensa que tu futuro suegro tiene cien batas y la mar de carabaos. Conque mucho ojo, que al fin y al cabo él es un chino y tú una madrileña.

II

La acera de la calle de Alcalá conocida con el nombre de «Pinar de las de Gómez.»

Entre la innumerable turba de vagos, curiosos, majaderos y paseantes de ambos sexos, discurre *Filis* en íntimo coloquio con su amiga *Juanita*, escoltadas por *Doña Ciriaca* y *Doña Pepa*, respetable mamá de la segunda de las niñas.

JUANITA. — ¡Pero Jesús, hija, qué suerte has tenido! Tú eres la única que has sacado novio de las reuniones de casa de las de Pamplín. Las demás hemos perdido la temporada.

FILIS. — Efectivamente, es un tipo raro; pero, hija, es la mar de rico; ya ves, sólo en Manila tiene su papá más de cien batas: conque si por el traje se conoce el personaje, ya puedes calcular lo que será un señor que tiene tanta ropa. No tienes más que ver los brillantes que lleva.

JUANITA. — ¡Yo creí que eran falsos!

FILIS. — ¡Anda, anda, falsos; los iba á llevar Pacífico con una renta de dos millones y pico de pesetas que posee su papá!

JUANITA. — Y Tonino, ¿qué has hecho de él?

FILIS. — ¡Pobre chico! Pues le he dado pasaporte. Ya ves tú que un pobre auxiliar del Tribunal de Cuentas con mil pesetas al año, no puede compararse con Pacífico.

JUANITA. — Pues es un muchacho muy simpático y trabajador; el destino lo tiene por oposición, y luego no tiene familia, lo cual es una ganga.

FILIS. — ¡Vaya una ganga, de quince duros al mes! No hay ni para vestir modestamente. No es partido aceptable para nosotras.

JUANITA. — Si á mí me hubiera dicho algo...

FILIS. — Chica, pues si te gusta yo haré que la de Pamplín, que es tan casamentera, se lo diga, y puede que se arregle, porque él dijo cuando le envié á paseo que con tal de darme en la cabeza se casara con la primera que se presente. Figúrate lo que me importará eso cuando me pasee en coche por el Retiro.

JUANITA. — Bueno, pues acepto y quedas con el encargo: á ver si mientras tú te das pisto en la alta sociedad, yo como camisas para el ejército en tanto que mi maridito vuelve de la oficina.

D.^a CIRIACA (*En tono confidencial á Doña Pepa*). — Como ya le he dicho á usted con reserva, porque no me gusta hablar de estas cosas á todo el mundo, ese chinito es millonario, y aunque á Filis no le gustaba, atendiendo á lo malos que andan los tiempos me hice la cuenta de que aquí no hay partidos para niñas como la mía, y la decidí á que le dijese que sí y comenzaron las relaciones este verano pasado.

D.^a PEPA. — ¿De modo que es cosa hecha?

D.^a CIRIACA. — ¡Ya lo creo! No está aguardando Pacífico más que su papá venda la cosecha del arroz

D.^a PEPA. — ¡Jesús, qué suerte tiene usted!

D.^a CIRIACA. — Por cierto que el pobre chico no esperaba esta salida, y como gasta tanto, que sólo en perfumería hay meses que pasa de quinientas pesetas, se encontró apurado sin la letrita acostumbrada y he tenido que prestarle seis mil reales.

D.^a PEPA. — ¿Y es de fiar ese señor?

D.^a CIRIACA. — ¿Quiere usted callar, doña Josefa? Pues ya lo creo. Si sólo el alfiler de la corbata vale más. Por cierto que me le ofreció en prenda, y yo, ya puede usted figurarse que ni pensarlo... No le dí más porque tampoco tenía más; pero si hubiera tenido un millón, igual se lo presto.

D.^a PEPA. — ¿Y cómo no está aquí con ustedes?

D.^a CIRIACA. — Porque después que tomó el pico ese nos dijo que se iba á pasar tres ó cuatro días al Escorial con unos paisanos que deseaban ver aquello. Por supuesto, todo esto se lo digo á usted con muchísima reserva, porque á mí no me gustan habladurías...

D.^a PEPA. — Descuide usted, hija, que demasiado comprende una lo que son estos líos.

III

Sala excesivamente modesta del piso quinto habitado por Doña Ciriaca.

Filis, su mamá y el Sr. Peñasco, viejo apergaminado de aspecto de zorro malicioso.

PEÑASCO. — Pues sí, señor, las vi á ustedes ayer tarde pasear por el Pinar.

FILIS. — No le vimos á usted. (*Aparte*.) ¡Cómo me fastidia este tío, que en todo se ha de meter!

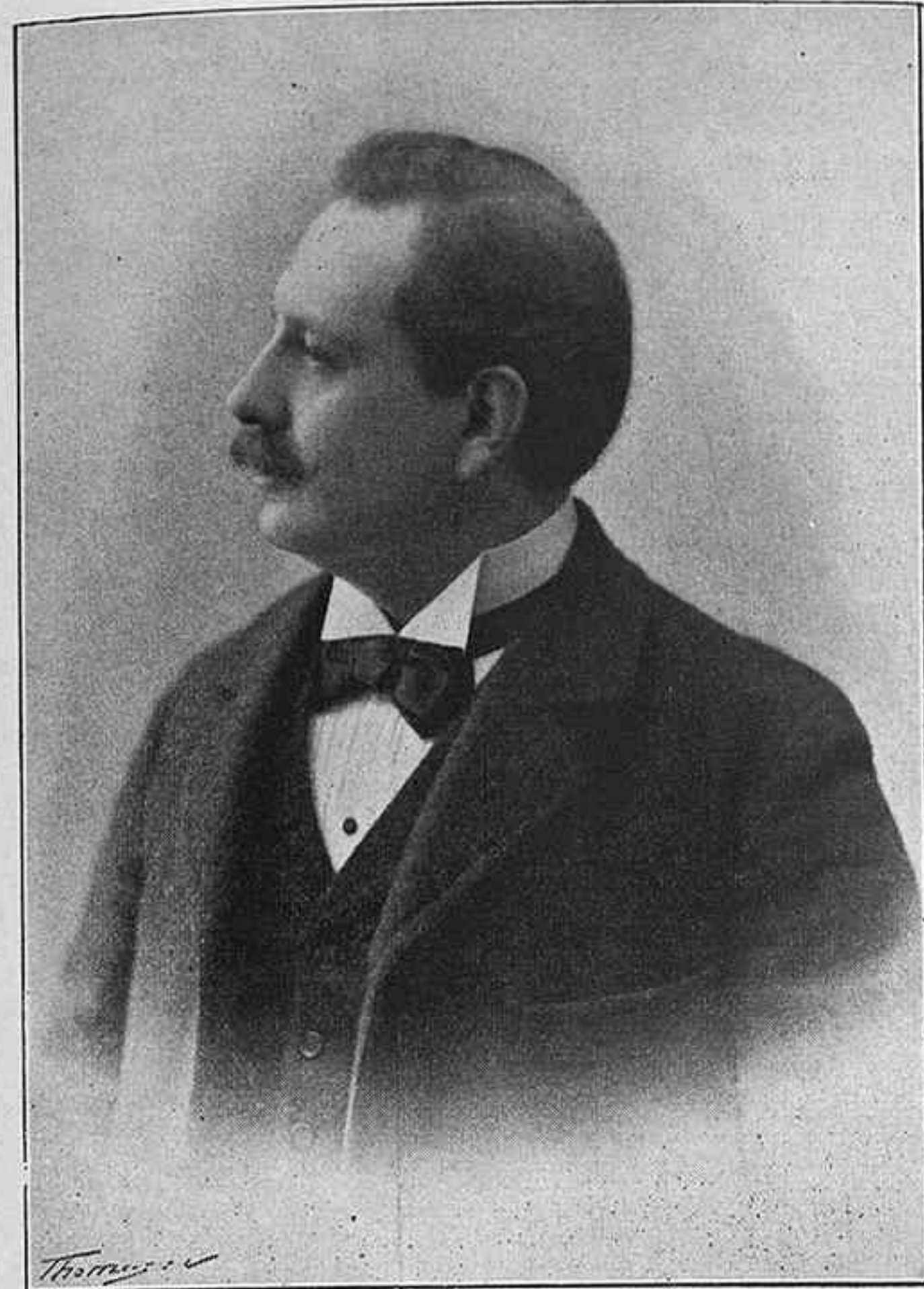
PEÑASCO. — ¿Y saben ustedes quién me llamó la atención? Pues Tonino, el auxiliar de mi negociado, que me había convidado á tomar una cerveza para festejar el ascenso que ha logrado á cinco mil reales en el turno de elección. Es un chico que vale mucho y hará carrera. Por cierto que el ascenso ha venido oportunamente, porque ya sabrán ustedes que se casa con Juanita Pérez, la amigueta de Filis.

FILIS (*Aparte*). — ¡Hipócrita, y cómo me estuvo

tomando el pelo ayer la muy solapada! (*Alto.*) Sí, ya lo sabía yo.

D.^a CIRIACA. — Pues yo no, y me extraña que ayer no me dijera nada Doña Pepa. ¡Vaya, vaya, me ale-

D.^a CIRIACA. — Pues si te da el patatús te dejamos y nos vamos. Sálvense los seis mil reales y arda Troya. Ya ve usted, Peñasco, lo que le pasa á una por ser buena madre y querer despachar á esta niña in-



EL BARÍTONO SR. BUTTI, intérprete del papel de *Marcelo* en la ópera de Puccini «La Boheme» en el Liceo de Barcelona (de fotografía)



EL TENOR SR. BONCI, intérprete del papel de *Rodolfo* en la ópera de Puccini «La Boheme» en el Liceo de Barcelona (de fotografía)

gro mucho! ¡Pobrecillo! ¡Cuánto lo celebro! Y diga usted, amigo Peñasco, usted que ha estado tanto tiempo en Filipinas, ¿conocerá usted en Manila al banquero Pampanga?

PEÑASCO. — ¡Pampanga, banquero! No le conozco. A quien conocíamos todos los que estábamos con el capitán general en Malacañang era á un chino cojo que venía á palacio á vender pescado y otras *chuchelias*, como ellos dicen en su jerga.

D.^a CIRIACA y FILIS. — No, no es ese, ni por pienso.

PEÑASCO. — Por más señas, que ese Pampanga tenía un hijo mestizo de lo más pillo del archipiélago, que entró de *bata* en casa del Intendente.

FILIS. — ¿De *bata*? ¡Pero qué afición tienen allá á esa prenda!

PEÑASCO. — Sí, no son malas prendas. *Bata* es una palabra tagala que quiere decir criado indígena. Pues sí, el tal chinito, con sus hipocresías y sus trápalas, logró interesar al Intendente y le dieron un destino en la Administración Económica, y allí hizo tales chanchullos, que si no se escapa á Hong-Kong estaría á estas horas mi Sr. D. Pacífico, que así se llamaba, con un grillete en Ceuta. Hace unos días me dijo un amigo que también le conoce, que le pareció haberle visto en Madrid.

D.^a CIRIACA. — ¡Pero amigo Peñasco, qué me cuenta usted!

PEÑASCO. — Pues la verdad, señora, que podría probar en caso necesario. Como que yo fui uno de los engañados por él, pues me vendió en cien pesos un brillante falso que no valía veinte centavos. Pero no entiendo ese interés... ¿Acaso Pacífico está por aquí y ustedes le tratan?

D.^a CIRIACA. — Vea usted, Peñasco de mi alma, si le reconoce usted en ese retrato que hay encima de la cómoda.

PEÑASCO (*Mirando la fotografía*). — Es el mismo, señora, el mismo.

FILIS. — ¡Ay, Dios mío, qué desgracia, me quedo sin Pacífico y sin Tonino!

D.^a CIRIACA. — ¡Y yo sin seis mil reales que le he prestado hace tres días! ¡Ahora me explico el viaje al Escorial á comerse alegremente mis ahorros!

PEÑASCO. — ¡Válgame Dios, no haberme ustedes hablado antes!

FILIS. — ¡Yo me muero, á mí me va á dar el ataque!

D.^a CIRIACA. — Déjate eso del ataque para mañana. En seguida ponte el sombrero. Peñasco, usted nos acompañará; vamos á buscar á ese sin vergüenza á la fonda; á dar parte al gobernador, al juzgado, al obispo. Yo quiero mis seis mil reales. ¡Chino maldito de todos los diablos, si lo llevo á pescar lo estrangulo!

FILIS. — ¡Ay, se me va la cabeza!

casable. ¡Poquito que se reirá ahora Doña Pepa!

FILIS. — Tú tienes la culpa, porque á mí ya sabes que me gustaba más Tonino que ese chimpancé; pero te pusiste tan cargante y desatinada...

D.^a CIRIACA. — Bueno. Tiempo tendremos de arañarnos. Ahora corramos en busca de ese Pacífico de Satanás.

PEÑASCO. — Corramos todo lo que ustedes quieran, aunque presumo que será en vano, y para lo sucesivo tengan ustedes mucho ojo con ciertos *puntos* filipinos.

D.^a CIRIACA. — ¡Y yo que creía que había salido de esta muñeca!

FILIS. — Lo mismo digo. Lo que más siento es que ahora vuelta á bailar á casa de las de Pamplín... Dios sabe hasta cuándo...

A. DANVILA JALDERO

NUESTROS GRABADOS

Los intérpretes de la ópera de Puccini «La Boheme» en el Liceo de Barcelona. — El éxito de *La Boheme* de Puccini en nuestro teatro del Liceo ha sido grandísimo: pocas veces se ha manifestado el público barcelonés tan unánime en su juicio sobre una obra lírica, pues aun los menos aficionados al género á que aquélla pertenece reconocen que dentro de la escuela en cuyas tendencias está inspirada constituye una verdadera joya. Como no es este lugar á propósito para hacer un análisis de la labor musical del joven y ya famoso compositor italiano, sintetizaremos la impresión que la ópera de Puccini ha producido en cuantos la han escuchado, diciendo que los que no están afiliados á ningún exclusivismo, los que encuentran bello todo aquello que, venga de donde viniere, recrea sus sentidos y despierta en sus corazones emoción intensa, ven en *La Boheme* un dechado de bellezas que ora hacen asomar á sus labios plácida sonrisa, ora empujan á sus ojos las lágrimas, según que el autor juegue con la nota cómica ó haga vibrar en las voces y en los instrumentos los acentos dramáticos.

Mucho vale la música de *La Boheme* y digno de elogio es también el trabajo de los libretistas Sres. Giacosa é Illica, que

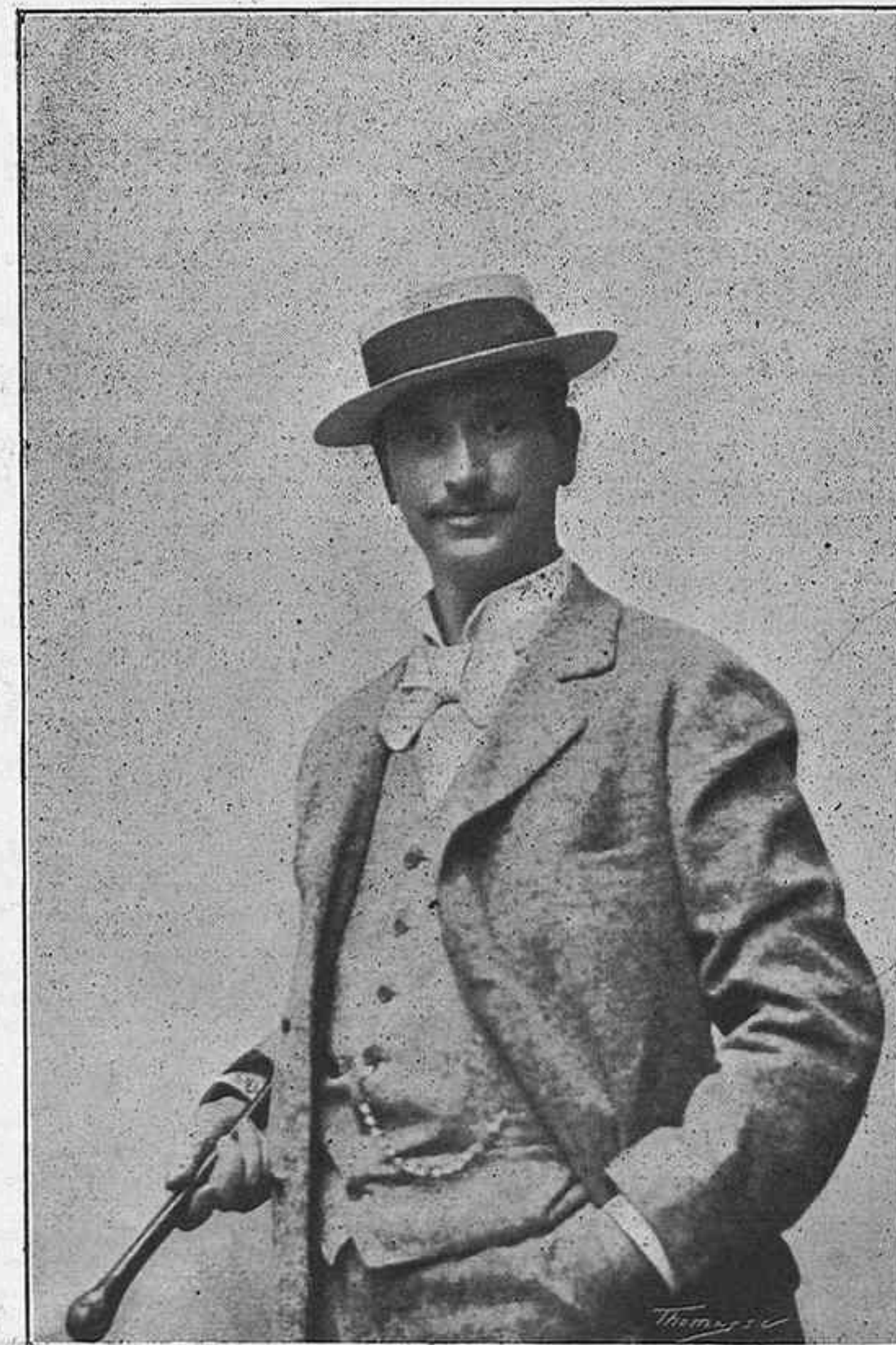


EL BARÍTONO SR. PUIGGENER, intérprete del papel de *Schaunard* en la ópera de Puccini «La Boheme» en el Liceo de Barcelona (de fotografía)

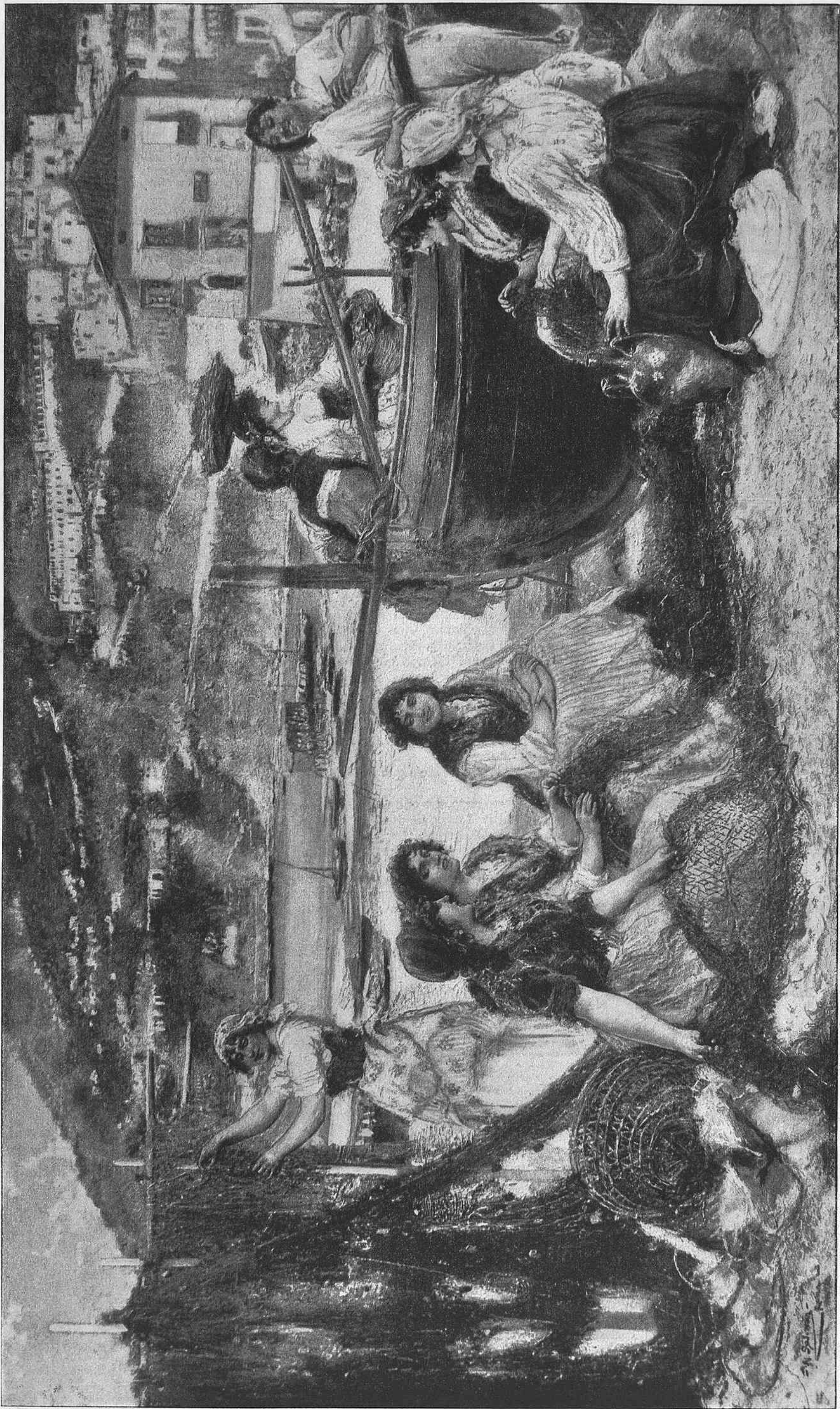
con gran habilidad han adaptado á las condiciones necesarias para el drama lírico la preciosa obra de Enrique Murger; pero muchísimo ha contribuido al ruidoso éxito de la ópera el empeño que le ha cabido en el Liceo y que no vacilamos en calificar de perfecto en toda la extensión de la palabra. Los artistas á cuyo cargo corre la ejecución de *La Boheme* la cantan y representan con gran cariño, demostrando ser todos ellos á más de excelentes cantantes actores de primera fuerza: no hay en aquel conjunto el menor desentono; cada uno está posesio-



EL BAJO SR. NAVARRINI, intérprete del papel de *Colline* en la ópera de Puccini «La Boheme» en el Liceo de Barcelona (de fotografía)

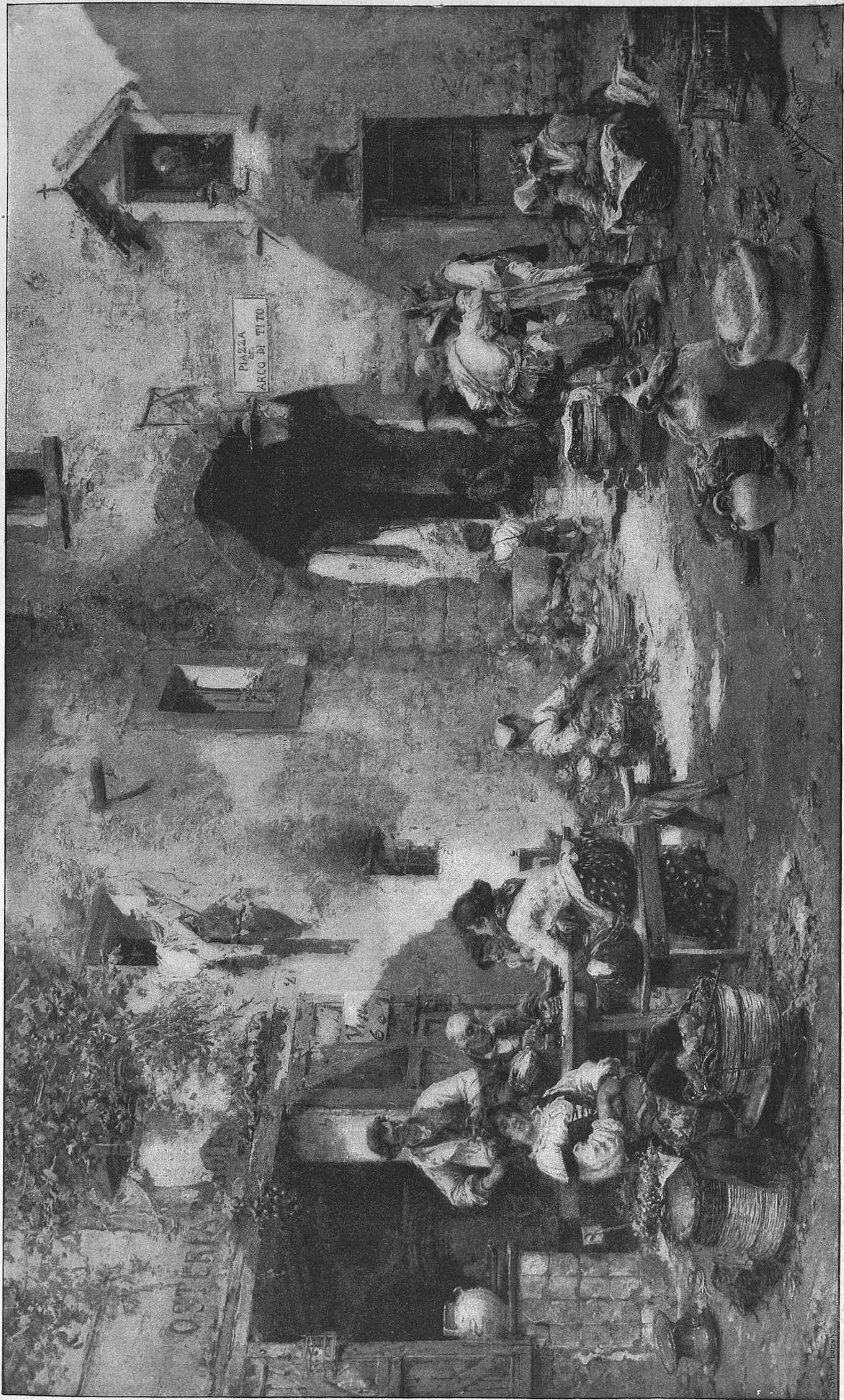


EL BAJO SR. POLONINI, intérprete del papel de *Benoit* en la ópera de Puccini «La Boheme» en el Liceo de Barcelona (de fotografía)

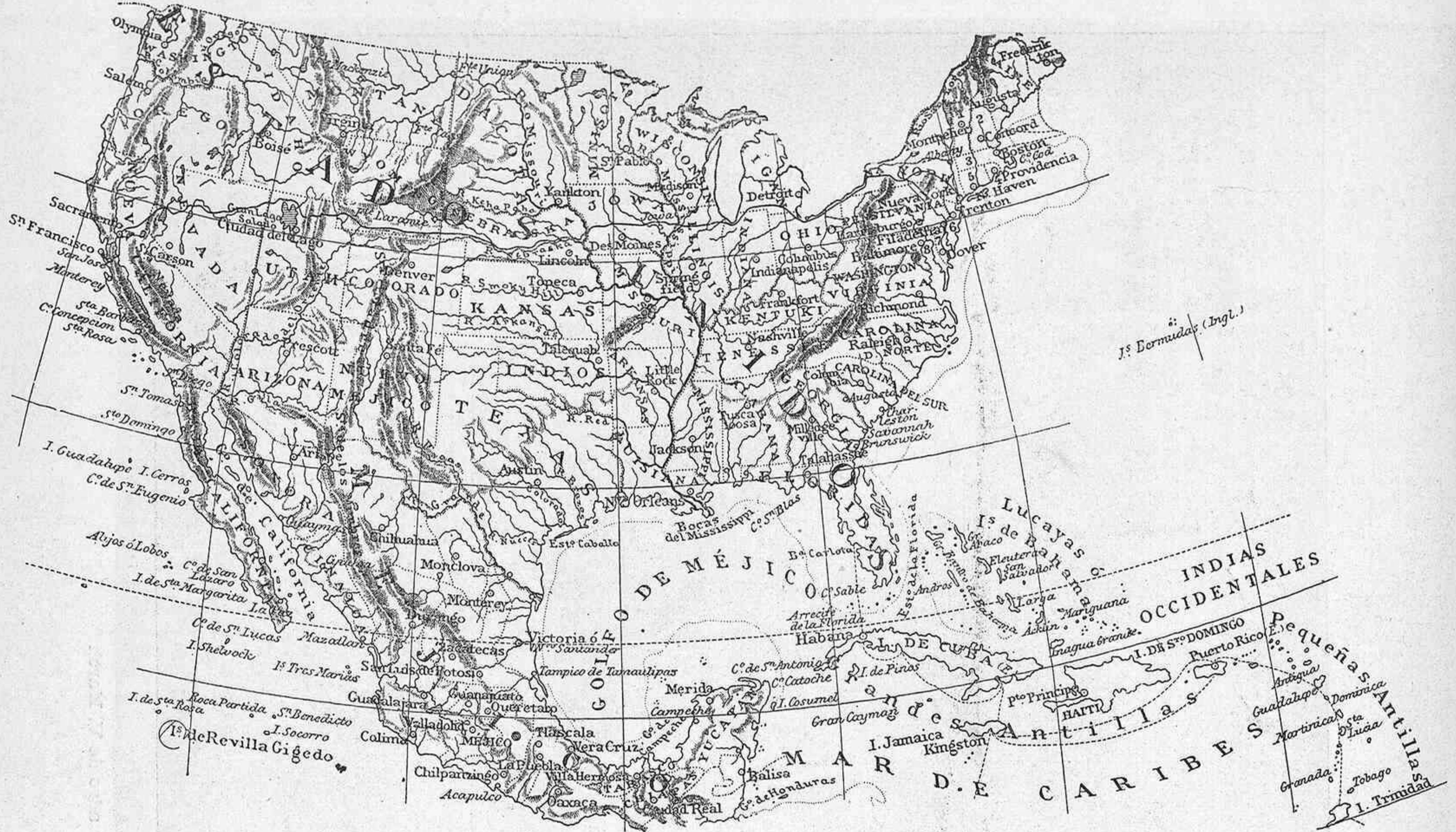


EN LA PLAYA, cuadro de A. Salinas

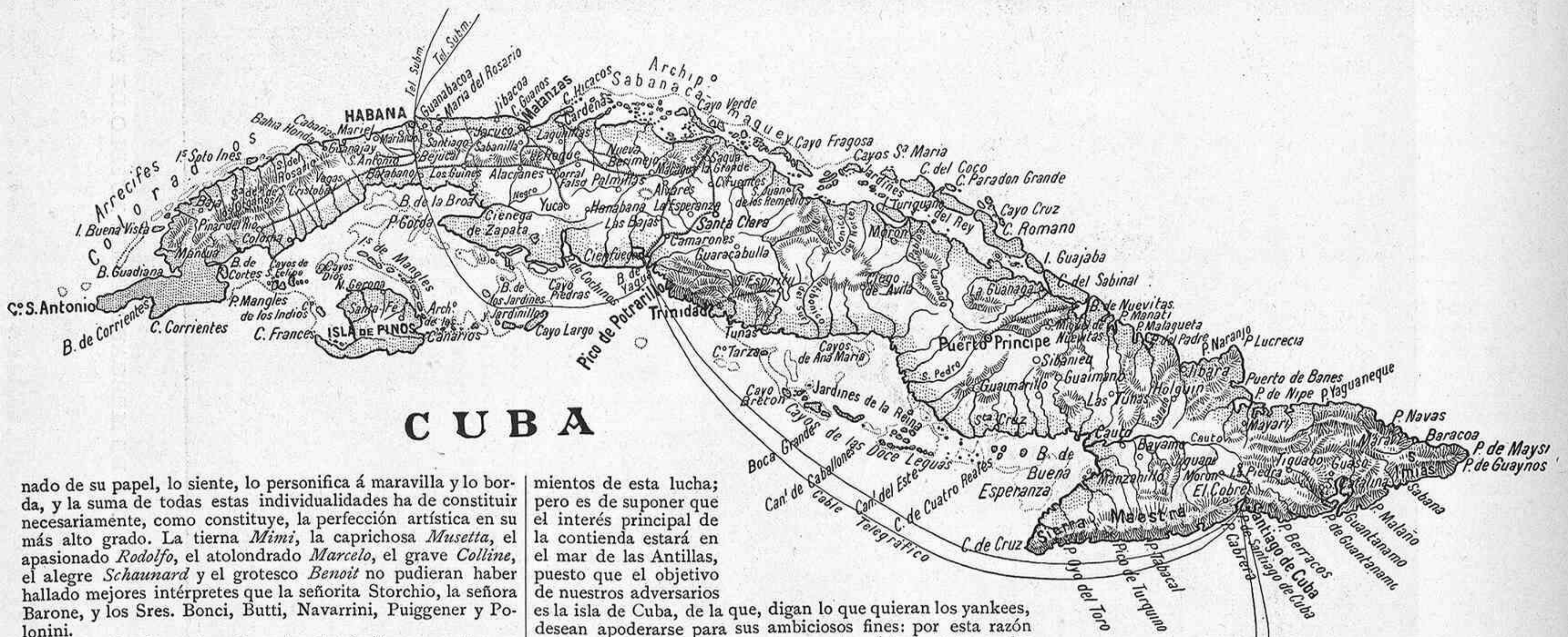
En la playa, cuadro de A. Salinas



DÍA DE MERCADO EN UN PUEBLO DE ITALIA, cuadro de V. March



MAPAS DE LOS ESTADOS UNIDOS, MÉJICO Y MAR DE LAS ANTILLAS, DONDE PROBABLEMENTE SE DESARROLLARÁN LAS OPERACIONES DE LA GUERRA HISPANO-AMERICANA



nado de su papel, lo siente, lo personifica á maravilla y lo borda, y la suma de todas estas individualidades ha de constituir necesariamente, como constituye, la perfección artística en su más alto grado. La tierna *Mimi*, la caprichosa *Musetta*, el apasionado *Rodolfo*, el atolondrado *Marcelo*, el grave *Colline*, el alegre *Schaunard* y el grotesco *Benoit* no pudieran haber hallado mejores intérpretes que la señorita *Storchio*, la señora *Barone*, y los Sres. *Bonci*, *Butti*, *Navarrini*, *Puiggenger* y *Polonini*.

Gracias á todas estas circunstancias, la ópera cautiva, se apodera del espectador, quien á fuerza de ver tanta naturalidad en el escenario, llega á olvidarse de que todo aquello es una ficción y la siente como viviente realidad. Si quisiéramos citar los pasajes culminantes de la obra tendríamos que enumerar una por una todas las escenas, porque en todas rayan aquellos artistas á la misma altura: mencionaremos, sin embargo, especialmente el final de la ópera, la muerte de *Mimi*, rodeada de sus amigos *Musetta* y los bohemios, que es un hermosísimo cuadro plástico, digno de ser reproducido por el pincel.

No es, pues, de extrañar el placer con que el público ha acogido *La Bohème*: acostumbrado desde hace muchísimos años á no poder apreciar de las óperas más que algunos detalles, cuando ha podido presenciar un cuadro tan igual, tan homogéneo, tan acabado, en donde ningún cantante en particular ofusca á los demás, sino que todos contribuyen á formar un conjunto armónico, su entusiasmo se ha desbordado traduciéndose en las más calurosas ovaciones y aclamando y aplaudiendo á los artistas todos y al inteligente maestro *Ferrari*, que ha concertado y dirigido la obra con sin igual cariño y con acierto digno de los mayores elogios.

Al publicar en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA los retratos de los intérpretes de *La Bohème* les enviamos nuestro más sincero aplauso y nuestra enhorabuena por el legítimo triunfo conseguido en la escena de nuestro primer teatro lírico.

Mapas de los Estados Unidos y de la isla de Cuba.— Las esperanzas de los que confiaban en que aún podría evitarse la guerra entre España y los Estados Unidos se han desvanecido por completo, y cuando este número llegue á manos de nuestros suscriptores tal vez se hayan roto ya las hostilidades. Imposible es predecir por dónde comenzarán éstas y en qué mares se desarrollarán los principales aconteci-

mientos de esta lucha; pero es de suponer que el interés principal de la contienda estará en el mar de las Antillas, puesto que el objetivo de nuestros adversarios es la isla de Cuba, de la que, digan lo que quieran los yankees, desean apoderarse para sus ambiciosos fines: por esta razón publicamos los mapas que van en esta página, en los cuales podrán seguir nuestros lectores el curso de las operaciones que allí seguramente han de realizarse.

España ha hecho cuanto humanamente ha podido para impedir el actual conflicto: á los insultos, á las miserables calumnias, á las alharacas de los norteamericanos, propias de advenedizos, ha opuesto siempre una actitud correcta, cual corresponde á las naciones nobles y de brillantes tradiciones, que no necesitan apelar á las bravatas para que todo el mundo sepa lo que son y lo que valen. De nada ha servido esto: los que sólo adoran al dios *dólar* buscan en la guerra la manera de aumentar sus fortunas, aunque ello cueste la vida de millares de hombres; que para aquel pueblo metalizado la existencia humana es uno de los factores menos dignos de estima en la lucha por el millón.

Nuestra causa es la causa de la justicia; lo que con nosotros han hecho los Estados Unidos es la iniquidad más grande que registra la historia de la humanidad. Para llegar á la situación presente, para preparar el despojo que tratan de consumir, ni siquiera han mostrado la grandeza de los pueblos conquistados; han apelado á los engaños y supercherías propias del matón de baja estofa: el *quia nominor leo*, grande en medio de su brutalidad, no está al alcance del pueblo yankee, que sólo entiende de rapacidades hipócritas como las de la zorra, sin recordar, por supuesto, que el oficio tiene sus quebras, como la que hizo exclamar á la de la fábula el tan conocido «están verdes.»

España entra, pues, en la lucha con toda la razón de su parte y contando con las simpatías de todo el mundo civilizado: si sucumbe en la defensa de sus sagrados derechos, sucumbirá con honra, y en su desgracia no han de faltarle cariñosos testimonios de respeto y condolencia de cuantos rinden culto al honor y al heroísmo; en cambio, si los Estados Unidos pierden la partida en que se han empeñado, á los dolores de la derrota

tendrán que añadir las amarguras del vilipendio y la ausencia de esos consuelos morales que no se compran con oro sino con una historia larga y gloriosa y con una conducta noble y honrada.

España, aun vencida, no perderá nunca su honra; los Estados Unidos la han perdido ya antes de comenzar la guerra. Siempre es una ventaja para nosotros.

En la playa, cuadro de A. Salinas.— Si la vida del mar se ofrece pintoresca en todas partes, este carácter sube de punto cuando se trata de esas playas mediterráneas bañadas en espléndida luz y besadas por las azules aguas del hermoso mar latino. La alegría que allí reviste la naturaleza refléjase en las gentes que en aquellas costas habitan y que, en medio de las penalidades del oficio, hallan siempre espacio para entregarse á las expansiones propias de los meridionales. Nuestro paisano, el celebrado pintor Sr. Salinas se ha inspirado en las costumbres marineras de un pueblo del Sur de Italia, trazando la bellísima composición que reproducimos, escena llena de vida y de poesía.

Día de mercado en un pueblo de Italia, cuadro de V. March.— El autor de este cuadro forma parte de la colonia artística española de Roma, y en ella, al lado de Villegas, de Viniestra y de tantos otros, ha aprendido ese arte del colorido brillante al par que armónico que caracteriza á nuestros principales artistas. Su *Día de mercado en un pueblo de Italia* es un cuadro en el cual el arte y la naturalidad aparecen admirablemente unidos y los distintos elementos que lo componen asociados por mano maestra para lograr, sin menoscabo de los detalles, un conjunto hermoso impregnado de color local y de un efecto sorprendente.



Cuando entró en mi cuarto una hermosa señora...

EL SOSTÉN DE LA FAMILIA

NOVELA DE ALFONSO DAUDET. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

- Decididamente he hecho mal, seguía diciendo Izoard; no es con Fabry con quien yo debía desahogar mi cólera, sino con la cuadrilla de los Caduffe, de los Barnés, de los Valfón, ese atajo de tratantes, y de vividores que no vienen al Cuerpo legislativo más que para redondear sus negocios y para traficar con sus votos. Y su mayor crimen es aún rebajar más cada día el nivel de las conciencias, corromper hasta el aire que se respira... A esos sí que se les debía dar un recorrido y batirles sin piedad la badana. ¡Ah, los muy bribones! ¡Lo que están haciendo de esta Cámara y lo que esta Cámara va a hacer del país!...

El buen Izoard se animaba al hablar, y su metálica voz meridional vibraba en los altos vestíbulos, a pesar de las advertencias de Raimundo que le apretaba el brazo y trataba de reducirle al diapasón de una conferencia reservada.

- Entre nosotros, Sr. Izoard, enteramente entre nosotros: ¿es verdad que hay diputados que son miembros de la policía?

- ¡Cómo de la policía! ¿Quieres preguntar si hay diputados a sueldo del prefecto de policía ó del director de seguridad? ¡Mil pares de demonios! ¡Pues no nos faltaría más que esa infamia!

El marsellés se quedó inmóvil y como clavado en su sitio, lleno de estupor y de indignación; pero casi en seguida, con la movilidad y la impresionabilidad propias de su raza, sacudió su asombro.

- Después de todo, dijo, la policía es bastante baja para escurrirse por cualquier sitio. ¿Te he contado mi aventura del club Barbés, en 1848?

Izoard hizo esta pregunta con la entonación tímida é inquieta de los pobres viejos que piden indulgencia para sus pesadeces, y Raimundo se resignó a oír contar una vez más, después de tantas otras, la aventura del club Barbés.

Pero llegaron en esto al salón de conferencias, donde unos jóvenes que estaban á la entrada, escribiendo cerca de una mesa, saludaron al taquígrafo con una amistosa ovación que cortó su relato.

- Aquí está el terrible censor.

- Viva la social, ciudadano Izoard.

- *Fai tira, Marius...* Si París tuviera una *Canebière*...

El marsellés distribuyó prontas y vivas respuestas y unos cuantos apretones de manos y pasó sin detenerse.

- Son periodistas, dijo al joven Eudeline llevándosele consigo; buenos muchachos, aunque un poco flojos de alma y de carácter. Los hay que hasta son honrados; pero, en general, el aire que se respira en estos pasillos es para ellos tan funesto como para todo el mundo.

Raimundo estaba asombrado al ver á su amigo el taquígrafo Izoard tan perpetuamente duro con toda clase de gentes.

- Pero en fin, Sr. Izoard; usted es republicano á pesar de todo.

- Soy republicano de los buenos tiempos, republicano del 48, como tu padre...

- ¿Y por qué no está usted contento?

- Porque los franceses no saben usar lo que poseen y todo lo destrazan. La maquinaria de la República era sin duda muy buena. ¡Estaba tan poco usada!.. Pero la hemos falseado inmediatamente.

Alrededor de Izoard y de Raimundo, en aquella vasta estancia enlosada y revestida de mármol, se oía un rumor vago de multitud, como en una iglesia ó un museo, y los diputados paseaban de un extremo á otro discutiendo, ó se sentaban en un diván para hablar con los electores de gran bulto á quienes no querían recibir en el salón contiguo, destinado á los clientes menudos y á los insignificantes.

- Ven por aquí, amigo, dijo el viejo dirigiéndose á esa segunda sala. Te decía hace un momento que en Francia los republicanos no saben servirse de los útiles que la República ha puesto en sus manos. Vas á ver la espantosa herida que el país se está haciendo con el sufragio universal. Por esta abertura se escapa toda la sangre de sus venas...

Y señalaba á una valla de madera, como las que se ven en la entrada de los teatros, que separaba la galería en que se encontraban de un gran portalón

cubierto de cristales, invadido ruidosamente por el público.

A cada momento un ujier, de pie delante de la barrera, entregaba á otro, sentado junto á una mesita á la entrada, la tarjeta de un elector, con el nombre del diputado á quien quería ver. Un tercer ujier iba á buscar al diputado de sala en sala.

Pedro Izoard, muy conocido de todo el personal, no hizo más que una seña al ujier Lonstalet, hombre de cabeza cana y crespada, para que éste le dejase un sitio al lado de su mesita.

- Aquí estarán ustedes en sitio de preferencia para ver la comedia, murmuró Lonstalet enjugándose el sudor de la frente y de las mejillas, tan encarnadas como los galones de su gorra.

Los que estaban en primera fila eran precisamente personas de su país, los Restouble, de Regallon (Var).

Restouble el mayor, propietario del café *de los Blancos*, que se había hecho adjudicar el alojamiento de la gendarmería, había muerto hacía más de un año, después de lo cual el propietario del café *de los Rojos* había conseguido que le dieran á él aquella breva, lo cual era una ruina para la pobre viuda de Restouble, pues los Blancos no consumían ni la mitad que los Rojos y su café no producía un céntimo.

Viendo esto, los dos hermanos de su difunto, el uno cura de Regallon y el otro secretario del ayuntamiento, se metieron en el tren con la buena mujer y con su chica, decididos á no volver al pueblo hasta que el Sr. Trescol, el diputado conservador, hu-

quiera conseguido para la viuda de Restouble el alquiler que la ayudaba a vivir o una compensación cualquiera.

Júzguese con cuánta impaciencia se esperaba al Sr. Trescol y qué escena se produjo cuando la elevada y solemne figura del antiguo fiscal de Draguignan se irguió, con la gravedad del avestruz, detrás de la barrera, frunciendo desdeñosamente la descomunal nariz, sobre la que cabalgaban unos lentes ahumados, y mirando alternativamente con el mismo gesto de terror la tarjeta en que resplandecía el nombre de los Restouble y a la niña de verde y de amarillo que una señora con cara de caballo le presentaba relinchando. «¿Qué quieren de mí estos personajes? Ignoro absolutamente quiénes son,» decía enérgicamente la mímica del Sr. Trescol. De pronto, el cura de Regallon se aproximó a la valla, acompañado por su hermano el secretario del ayuntamiento y cogieron a la pequeña cada uno de una mano para presentársela al diputado. El respetable Sr. Trescol, al ver a la niña presentada por electores de tal importancia, la reconoció inmediatamente — ¡pues no faltaba más!, — y en un delicioso cambio de decoración, se inclinó benévolamente hacia la pequeña señorita Restouble, le acarició las mejillas con cariñosos golpecitos y le dirigió deliciosas sonrisas que no se armonizaban con sus anteojos negros ni con sus austeras patillas de antiguo golilla. Por último se los llevó a la galería próxima, donde, les dijo, estarían mejor para hablar, y mientras toda aquella aristocracia de Regallon pasaba tras él la barrera con la cabeza erguida, la multitud de los electores, siempre creciente, les dirigía miradas de envidia y entregaba al ujier nuevos nombres para llamar a otros diputados, a otros, a otros..., hasta nunca acabar.

— ¿Qué me dices de este trabajo de sanguijuelas?, preguntó el viejo a Raimundo, con el que había vuelto a entrar en el salón de conferencias. Como puedes comprender, los gendarmes no van a volver al café de los Blancos, puesto que los llevaron hace meses al de los Rojos: hará falta, pues, dar un puesto en correos o un estanco a la viuda de Restouble, y esto sin contar con que los hermanos no han hecho el viaje a humo de paja. El secretario, próximo a retirarse, pedirá una jubilación, y el cura costará todavía más caro, pues es el primer accionista de la empresa Trescol. Y este pillaje, esta desbandada a que hemos asistido, dura desde muy temprano, y continuará hasta la noche, para volver a empezar mañana y así todos los días durante esta legislatura y la siguiente y la otra, hasta que la Francia agotada no tenga ya ni una gota de sangre en las venas.

Dieron algunos pasos en silencio por la vasta galería, menos concurrida a medida que se aproximaba la sesión. El nuevo ministro de Marina estaba sin duda todavía en la comisión, porque nadie le había visto, y Raimundo Eudeline, sin dejar de pasear sus miradas en alrededor, hizo esta pregunta a su amigo el taquígrafo:

— ¿Y qué cree usted que sería necesario hacer para sanear el régimen parlamentario y hacerle mejor?

— ¡Oh! Muchas cosas, hijo mío, pero ante todo cerrar la Cámara por dos o tres años. Los franceses aprenderían durante ese tiempo a buscarse la vida en otra parte que en la despensa del Estado. Cerraría las puertas de la Cámara; pero dejaría, por supuesto, las ventanas abiertas para airearlo y purificarlo todo..., porque hay una verdadera peste en el palacio Borbón. En él las piedras están tan contaminadas como los hombres, y por eso el mal se propaga con tanta prisa. Mira, allí tienes a nuestro nuevo ministro de Marina y de las Colonias. Dime si no tiene en este momento todo el aspecto de estar atrapando algún miasma.

Apoyado en el zócalo del *Laocoon*, cuyo bronce verdoso parecía retorcerse de dolor en uno de los extremos del salón de conferencias, Marcos Javel, de levita negra y pantalón gris, con su aire satisfecho y sus fáciles ademanes de hombre de *sport*, saboreaba, muy rodeado de amigos y admiradores, la alegría de su primera cartera, pues hasta entonces no había sido más que subsecretario. Roberto de Fabry y Jacobo Walter, que hablaban animadamente con él, se separaron discretamente al ver venir a Izoard «el mala lengua,» como le llamaba el joven diputado de la Guadalupe.

— Le desembarazo a usted de dos granujas, y eso es de agradecer, señor ministro, dijo en tono bromista el decano de los taquígrafos.

— Vamos, vamos; un poco de indulgencia para la juventud, Sr. Izoard.

En el acento con que fueron dichas estas palabras se veía que el tono y las maneras de Marcos Javel se levantaban hasta la altura de su nueva grandeza. El pedestal del hombre de Estado había crecido uno

o dos dedos. Así resultó visiblemente, sobre todo en la acogida solemne que hizo a Raimundo cuando el marsellés se lo presentó:

— El hijo de su camarada Eudeline, un republicano de los que ya no se ven.

— En efecto, tuve ocasión algunas veces de encontrar a su señor padre de usted, dijo el ministro recalando el *señor* y dirigiendo al joven ese saludo altanero y casi imperceptible que establece una inmensa distancia entre dos interlocutores; recuerdo que era un fiel soldado de la República.

El viejo, cuya barba empezaba a enfurruñarse ante aquella recepción violenta, interrumpió nerviosamente:

— Víctor Eudeline y usted, señor ministro, si no me acuerdo mal, eran de la misma logia, y en nuestras famosas comidas del viernes santo, cuando usted no ocupaba la presidencia era Eudeline el que le reemplazaba. Bueno es decir que en aquellos tiempos raro era el que faltaba a esos festivales de protesta del libre pensamiento, mientras que hoy...

El ministro sonrió retorciéndose el bigote. En efecto, no lo ocultaba. Esa protesta del viernes santo le pareció infantil y, sobre todo, en oposición con las generaciones nuevas, que no pensaban como sus mayores.

— Oiga usted, querido maestro; aquí mismo, hace un instante, estaba hablando con uno de los diputados más jóvenes...

— Y más honrados, dijo con sorna el viejo de larga barba.

Marcos Javel continuó sin que pareciese que había oído la interrupción:

— Pues bien: el Sr. de Fabry, amigo de Wilkie Marqués y su padrino en ese desgraciado asunto Jacquand, me estaba contando que en vista de la gravedad de la herida, los padrinos, casi todos jóvenes, habían acordado unánimemente instalar a la cabecera del enfermo un sacerdote y una hermana de San Vicente, convencidos de que así respetaban sus creencias. Ahí tiene usted un hecho muy significativo.

Las miradas del viejo echaban chispas.

— Es verdad que en mis tiempos, cuando teníamos un duelo no llevábamos solideos al terreno. En todo caso, créame usted, señor ministro, este Parlamento puede incubar fuerzas nuevas y jóvenes si la generación que llega es mojigata, pero el país no ganará nada en que suban al poder.

Izoard se exaltaba y hablaba fuerte. Los diputados que rodeaban al ministro se aproximaron con sonrisas de vacilación y como a la expectativa. Marcos Javel dirigió una mirada circular de indulgencia y de severidad.

— Usted habla siempre de bribones, Sr. Izoard, ¿dónde ve usted que haya tantos como usted dice?

— Habría que arrancarse los ojos para no verlos, señor ministro.

Y con la entonación hueca y lírica de Federico Lemaitre, una gloria de su tiempo, el marsellés declamó en una actitud enfática:

— Allí no murieron todos,
Mas todos fueron heridos...

En seguida, señalando a un personaje, gordo y calvo, que se aproximaba con la cabeza erguida y la levita muy abierta, en medio de una hilera de hombres que le colmaban de reverencias y de sonrisas, continuó con su voz natural:

— Ahí está su colega de usted, Vourey, a cuyo lado se sentó usted esta mañana en el Consejo de ministros; ¿podemos decir que es un hombre honrado? Cuando ase antiguo maestro de escuela cogió el ministerio de Correos y Telégrafos estaba pobre y delgado como un clavo. Ahora, miren ustedes el pelo que ha echado. Y rico en proporción... Lo será más todavía si la Cámara aprueba su proyecto de ley para sustituir con hilos de aluminio los del antiguo telégrafo. Jacobo Walter no oculta que tiene reservados millones para los individuos de la comisión.

En todos los grupos se oyó un murmullo de desaprobación que animó al ministro para dirigir a su adversario una frase seca y desabrida:

— Va usted demasiado lejos, señor mío.

— ¡Demasiado lejos! Pregunte usted al joven Eudeline, cuya hermana es empleada de telégrafos, cómo se las compone Vourey para que pague el Estado los alquileres de la casa en que vive la Casati, la linda bailarina de *Folies-Bergères*. En la oficina central de la calle de Grenelle nadie ignora la artimaña de los alquileres. Un piso espléndido cedido a precio ridículo, siempre que el ministro se obligue a alquilar para el gobierno...

Marcos Javel se encogió de hombros.

— ¿Será niño este Izoard? ¡Está tan joven como

hace veinte años! ¡Y tan cerca de su jubilación, sin embargo!

Sin observar la palidez que cortaba de repente la facundia del marsellés al oír la palabra jubilación, el ministro se volvió hacia Raimundo.

— Veamos, joven, el tiempo apremia; ¿qué tiene usted que pedirme?

Bien fuese la majestad del lugar, aquel palacio del Parlamento, con sus anchos salones inundados de luz y sus helados muros de mármol; bien el nuevo título de Marcos Javel y su glacial acogida, ello fué que jamás Raimundo sintió ante su protector una emoción ni una timidez semejantes. Quiso hablar de Antonino, del servicio militar que se aproximaba para el pobre hermano menor y de las responsabilidades crueles que su padre le había impuesto; pero ninguno de sus pensamientos encontraba expresión adecuada, las palabras le faltaban y balbuceaba como su hermano. Por fin, Pedro Izoard, repuesto a su vez de su repentina turbación, tuvo lástima del muchacho.

— Déjame hablar, hijo mío; si no, no acabaremos nunca. En primer lugar, hay cosas en la vida de tu padre que tú no sabes y que solamente conocemos el Sr. Javel, tu madre y yo, porque él nos las confió al morir.

El ministro se creyó en el caso de decir con acento de compasión:

— En efecto, recuerdo el triste episodio a que usted alude. Pobre Víctor Eudeline... Era un hombre que no estaba a la altura de los negocios que emprendía.

— Pero que supo morir para salvar a sus hijos de la miseria y de la deshonra, y esto indica una altura no despreciable.

Apenas soltó esta respuesta, Izoard se arrepintió de sus palabras, y haciéndose el humilde preguntó al ministro si podría procurar al más joven de los hermanos Eudeline algunos de los favores que el mayor había obtenido tan fácilmente, es decir, un año de servicio en vez de cinco y las facilidades necesarias para seguir ganando el pan de su casa. Porque había que convenir en que, a dosis iguales de energía y de buena voluntad, entre Raimundo, antiguo premio de honor de filosofía en el concurso general, doctor en derecho y licenciado en letras, y Tonín, su hermano menor, pobre obrero electricista, era el obrero el que hasta entonces había sostenido a su gente y hecho el verdadero papel de sostén de la familia. Por eso el muchacho debía obtener los beneficios de su misión, ya que había sufrido los inconvenientes.

¡Ah, viejo hablador é iluso!. ¿Cómo hacerle callar? Cada una de sus palabras era un mordisco en el orgullo del hermano mayor, furioso por haber dado aquel paso, y mucho más cuando el ministro dijo la última palabra, sabiamente meditada para los diputados que le oían.

— Pues bien; quiero que este joven se lleve de aquí la prueba y la convicción de que los que hacen las leyes saben respetarlas y hacerlas respetar. Como hijo mayor de viuda y sostén de su familia, Raimundo Eudeline tenía privilegios y prerrogativas a que no puede aspirar su hermano. Que no espere, pues, nada de mí; ni la sombra siquiera de un favor ni de una recomendación. Sería una injusticia que no soy capaz de cometer... Pero el señor presidente llega; permitanme ustedes, señores, que vaya a saludarle antes de que ocupe su puesto.

Se despidió rápidamente por medio de una seña hecha con la punta de los dedos y siguió a la multitud que se dirigía hacia el fondo de la galería, donde se oían voces de mando y rítmico choque de las culatas de los fusiles en las losas.

— Se acabó, conozco a Marcos Javel, dijo Izoard cogiendo del brazo a Raimundo, que no sabía lo que le pasaba. Comprendo que haya entrado en el ministerio Valfón; es tan tunante como los demás. Pero éste tiene mejor forma y un aplomo que le hará llegar más lejos que ninguno de ellos. En cuanto a vosotros, ya podéis desistir de contar con él para nada en lo sucesivo.

Confundidos con los diputados y los periodistas los dos amigos se aproximaron al salón de sesiones, que acababa de abrirse. La galería que conduce desde el salón hasta las habitaciones particulares del presidente estaba ocupada por dos filas de bayonetas y de pantalones rojos, y a poco se vio venir por ella al alto magistrado que pasó acompañado por dos oficiales con la espada desnuda. Verdadero tipo de presidente de asamblea, tenía el aspecto solemne, el busto más largo que las piernas y una cabeza rizada y gris, a la que servía de aureola el ala de un sombrero de copa. Cuando apareció, todas las frentes se inclinaron. Una voz mandó: «¡Presenten armas!» y batieron los tambores en el eco de las sonoritas bóvedas.

X
ENTRE PARÍS Y LONDRES

Sr. Antonino Eudeline

Londres

«Por las cartas que recibe usted de sus parientes, mi querido Antonino, y por los periódicos de Francia, sabe usted ya por qué su amiga Sofía ha pasado tantos meses sin contestarle. En cuanto á lo que ha sido de mí durante este largo transcurso de tiempo, voy á contárselo con la brevedad posible para no molestarle.

»Cuando usted se fué á Inglaterra, acababa yo de instalarme en la orilla izquierda del Sena, enfrente de Bercy, en los restos de un antiguo hotel Luis XV, de frontón florido, que está olvidado entre los talleres ahumados y las sórdidas viviendas de obreros colocadas á lo largo de un inmenso muelle ennegrecido por el polvo del hierro y del carbón. Pensaba permanecer allí hasta el día en que el asunto del boulevard Beaumarchais estuviese olvidado y archivado y ese salvaje de Lupniak pudiese salir de París sin peligro. Por el momento era preciso que el tal camarada se estuviese quieto. Al día siguiente al de su fatal empresa se encerró en una buhardilla de la calle Pascal, cerca del Observatorio, en plena Pequeña Rusia. Creí que no estaba allí seguro, en la convicción de que la policía empezaría sus pesquisas por ese barrio. Por fortuna, en el muelle en que yo vivía y á algunos pasos de mi antigua y señorial casita había un almacén de maderas perteneciente á una vieja con aspecto de gran señora, á cuya hija, atacada de una enfermedad casi incurable, estaba yo asistiendo, porque no necesito decir á usted, amigo mío, que mientras no podía realizar mi viaje á Calcuta, abrí en mi casa un dispensario donde pasaban por mis manos todos los días las más variadas enfermedades de niños. Sin declarar á mi vecina que se trataba de Lupniak, obtuve que le tomase como vigilante nocturno en su almacén, á fin de que tuviese cuidado de que las chispas desprendidas de los trenes que pasan por la línea de circunvalación no prendiesen fuego á las maderas.

»No se puede imaginar una existencia más completamente dichosa que la de aquel fanático, soñador y hombre de acción á la vez, vagando de noche por entre las grandes pilas de tabloncillos alineados y simétricos, como jardines á la francesa, con sus bosques y sus claros y sus grandes pedazos de cielo tachonados de estrellas y recortados por los ángulos duros y sombríos que las pilas formaban. De día no dejaba su cabaña portátil, especie de caseta de perro alumbrada por dos agujeros y amueblada con una percha para la ropa, una tabla para los libros - astronomía y metafísica - y un estrecho camastro en el que meditaba ó leía las largas horas en que no conseguía dormir. Yo iba á verle con frecuencia, y pasábamos muchos ratos, sentados en el borde del camastro, discutiendo ese derecho á matar, ese derecho de alta justicia que se atribuyen los revolucionarios y que á mí me parece soberanamente monstruoso. Lupniak no soportaba mis objeciones, y con la boca trémula de cólera me decía acercándome unos labios de escorbútico: «Dejarine era un infame, un bruto; yo no le he matado más que una vez y él ha quitado la vida á un centenar de seres.» Y si me

permitía responderle, daba tales saltos que por poco hacían volcar aquella frágil vivienda.

»Lo malo fué que no se contentó con mis visitas y quiso venir á mi casa para ver desfilar ante mi sillón de consultas todo este pueblo de París, tan pintoresco en el modo de expresar su miseria. Disfrazado con una peluca y unos anteojos que le daban el aspecto de un colega, se sentaba en un rincón de mi gabinete, especialmente los días en que el Sr. Alcide, el delicioso comunero que usted me recomendó, me traía su hijo. A propósito, sepa usted que estoy á punto de poner de pie al pobre chiquillo: conozco ya su enfermedad. Es un hijo de un vencido, nacido de esa anemia moral, de ese miedo nervioso que su padre contrajo en los diez años que pasó en la

acabar su historia á la orilla del río llevando al niño en su cochecillo, con los ojos brillantes y la cabeza apoyada en la mano. Y de este modo, mi pobre Lupniak dió lugar á que una tarde le echase mano la policía. Yo no lo supe hasta dos días después, cuando la dueña del almacén de maderas vino muy apurada á decirme que no había vuelto á ver á su vigilante nocturno. Iba á ponerme ya en su busca, cuando recibí, bajo el aspecto de una inofensiva circular, una citación para presentarme aquel mismo día en el Palacio de Justicia y en el despacho del juez de instrucción. Me encontré allí con un hombre todavía joven, aunque trataba de envejecerse con un vetusto gorro de terciopelo y con las contracciones de su cara, lo más vulgar é insignificante que se puede

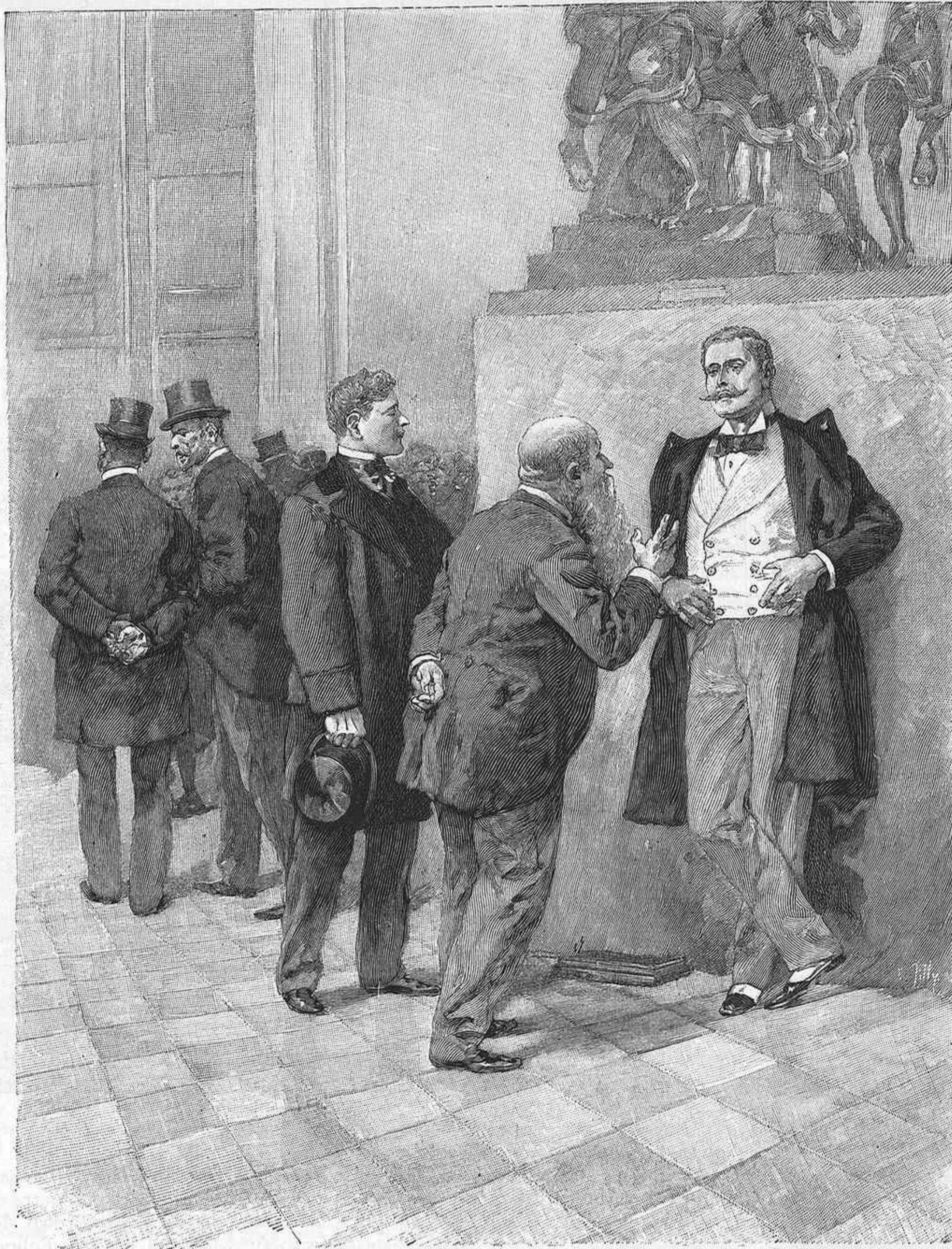
imaginar. Me negué á reconocer ni la más pequeña complicidad con Lupniak, que jamás me había hablado de sus proyectos de venganza y de muerte, sin embargo de lo cual aquel juez quiso hacerme decir y firmar mil horrores del ser á quien amo y á quien conozco como valiente y bueno, sin haber jamás asestado sus golpes más que sobre bestias feroces ni destruído más que especies dañinas. Puede usted pensar hasta qué punto me sublevé ante tal pretensión y creer que no me quedé corta al incriminar al antiguo jefe de la policía rusa, un verdugo feroz, indigno de toda piedad. Al ver mi indignación el juez frunció la boca, y haciendo una seña al escribano me dijo, mostrándome un gigantesco guardia que acababa de aparecer: «Lo siento, señorita, pero me veo obligado á detener á usted á disposición de la justicia.» Me tuvieron muchas semanas en la incomunicación más absoluta en una celda de la conserjería, donde nadie vino á verme, pues hasta me daban de comer por un agujero, como si fuera una leprosa. Mi única preocupación durante aquellos largos días fué el recuerdo de los pobres enfermitos, cuyas imágenes dolientes poblaban mi sueño en cuanto sonaba el toque de queda.

»Y es que en realidad, amigo Tonín, no puede usted figurarse lo que son en mi vida esos niños. Yo había nacido para mamá. Por tener unos cuantos pequeñuelos los hubiera robado. Dirá usted que lo más sencillo era casarse; pero ¿quién había de tomar por esposa á una mujer tan fea como yo? Esa ha sido la gran pena de mi vida; no una pena de mu-

jer herida en su vanidad, sino el dolor de pensar que jamás tendría hijos. Por eso, ya que no podía ser madre como las demás, pensé serlo más que todas, y tener centenares de hijos para cuidarlos y arrullarlos, mecerlos en mis brazos horas enteras y dejar aplicar á mis mejillas las boquitas sin dientes de esos infelices á quienes amo con pasión. ¿Hay algo más conmovedor que un pequeño ser que sufre y no puede decir lo que tiene? Precisamente acababa de terminar la carrera de Medicina, y ya reconciliada con mi padre, tenía el dinero suficiente para fundar mi obra de los niños enfermos. En aquel momento acabaron todas mis penas y mis inquietudes, y sólo fuí desgraciada en la conserjería, donde me veía privada de mi tan numerosa como diminuta familia de enfermos.

»¡Cuántas veces, por la noche, oía decir á una voccita tierna y suplicante: «Papá, anda, cuéntame la batalla del Pére-Lachaise,» y al antiguo comunero, que imitaba el ruido de los tiros dándose palmadas en la cabeza!

(Continuará)

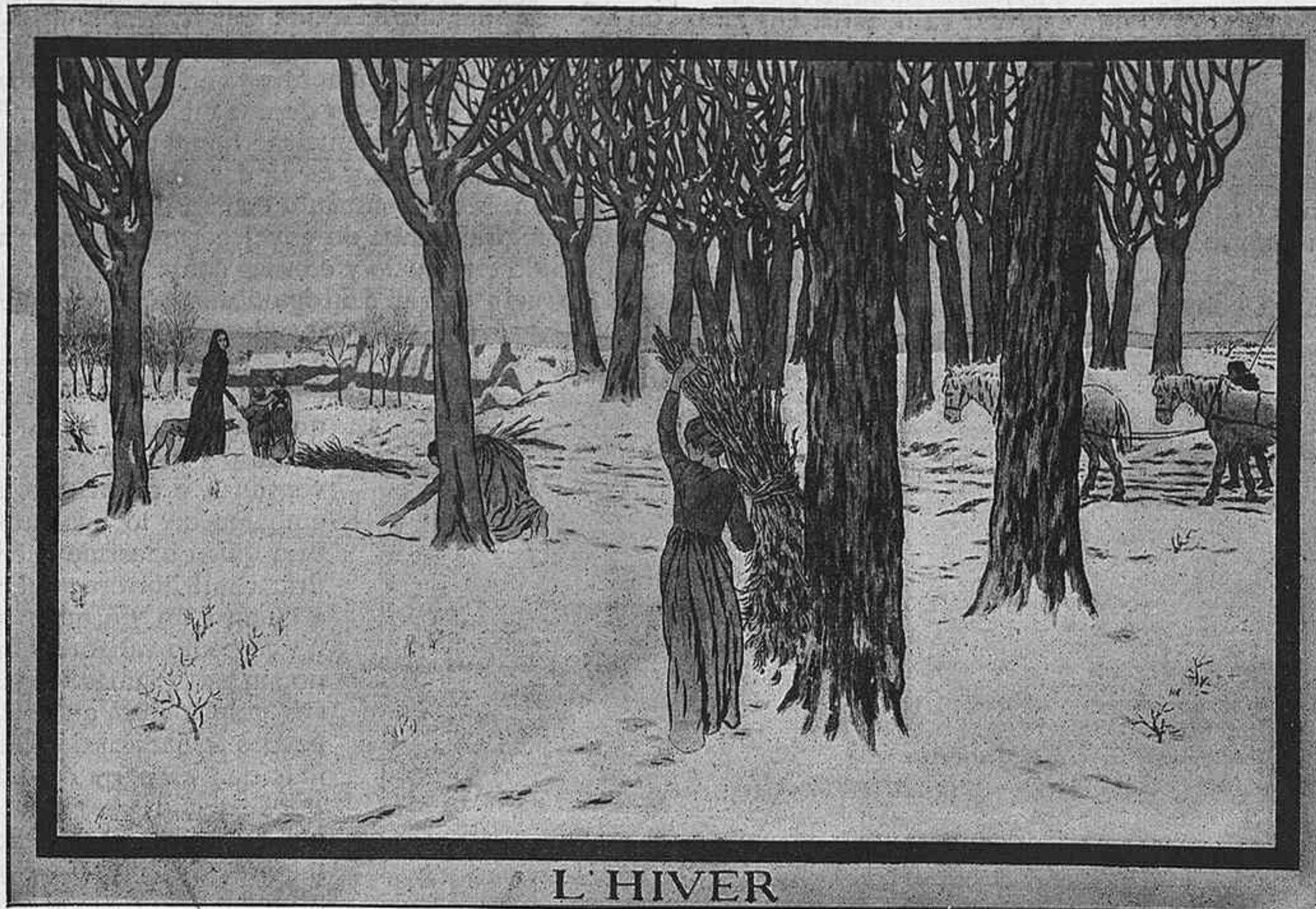


Le desembarazo á usted de dos granujas, y eso es de agradecer, señor ministro

Numea y que le hace palidecer en cuanto ve el kepis de un guardia de orden público. El pobre niño tenía el mismo miedo, la misma vergüenza de vivir. Vivirá, sin embargo, porque he introducido el hierro y el fuego en aquel desventurado cuerpecillo y le he dado parte de mi sangre y de mis fuerzas. «Tienes que andar, muñeco, ó te las habrás conmigo.» Durante las consultas, Lupniak hacía que Alcide le contase sus cacerías contra los canecas en la maleza con el comandante Rivière, y las no menos feroces que los versalleses hicieron contra él y los suyos entre las tumbas del Pére-Lachaise, escasamente alumbradas por unos cuantos faroles, en aquella noche de mayo, última de la Commune, en la que los arullos de los ruiseñores en los cipreses del cementerio alternaban con las descargas de fusilería y con la trepidación de las ametralladoras. El enfermito se entusiasmaba también con aquellas aventuras heroicas, á las que su padre, buen director de escena, daba un realce extraordinario imitando con los labios la vibración de las balas y el fuego de los pelotones castañeteando los dedos. Algunas veces se salían á

CARTELES ARTÍSTICOS

Enrique Riviere, el iniciador del teatro de sombras del *Chat Noir* de París, el decorador y siluetista



EL INVIERNO, cartel del artista francés Enrique Riviere

ta de los seis cuadros *Clairs de lune* y del álbum cromotipográfico *Spectacles du Chat Noir*, se nos muestra tan modernista como en estas obras en sus paisajes, para los cuales han debido servirle de modelos los grabados al boj de colores japoneses. Su composición sobre el asunto del Hijo pródigo es de una simplicidad extraordinaria, y su litografía *El invierno*, que reproducimos, con su leñadora en el bosque, la carreta del labriego cuyos caballos se ven a la izquierda y la mujer que al otro lado da limosna á dos chiquillos, todo esto sobre aquella vasta superficie nevada produce una impresión profunda, obtenida con sólo cuatro tintas. Esta obra fué la primera de una serie de cuatro destinadas á adornar las paredes de las escuelas. El procedimiento seguido por Riviere merece ser estudiado y sus trabajos pue-

tos entre los cultivadores del género que nos ocupa. En los antiguos carteles alemanes observamos claramente dibujadas dos tendencias: una, la de los carteles destinados á decorar interiores, que, adoptando la técnica cromolitográfica, procura representar las figuras y los objetos con todo su valor y busca los efectos de la perspectiva como si de cuadros se tratase, y otra que prescindiendo de todos estos elementos se muestra esencialmente ornamental. Ambas tendencias fueron cultivadas por artistas de nota, cuyas obras contribuyeron no poco á abonar el terreno para que el cartel artístico moderno hallara al público bien predispuesto; pero preciso es confesar que su ejemplo no fué por de pronto imitado por sus colegas, los cuales continuaron durante mucho tiempo aferrados

á las tradiciones académicas, que todavía influyen en una buena parte de los cartelistas de aquel país, y cuyo principal defecto consistía en el predominio de las alegorías y de los emblemas. Este defecto fué hijo de la afición al arte del Renacimiento que se despertó en Alemania en 1870, afición que si pudo ser beneficiosa para las industrias artísticas, no lo fué para las bellas artes propiamente dichas, que se han de inspirar en los sentimientos y en las necesidades de cada época. Así es que mientras duró esta moda y mientras á ella se sujetaron los carteles, no pudieron los autores de éstos conseguir que el público fijara su atención en los mismos, y apenas sirvieron para otras cosas que para anuncios de exposiciones artísticas, que por sus colores apagados y por el empleo de los antiguos caracteres tipográficos alemanes, difícilmente inteligibles, no despertaban ni siquiera la curiosidad de la multitud, es decir, no cumplían el requisito esencial que en el cartel moderno se exige. Esta tendencia al estilo del Renacimiento partió de Munich y no tardó en constituir escuela en toda Alemania, en Austria-Hungría y en Suiza, en donde aparecieron gran número de carteles admirablemente compuestos y primorosamente dibujados y pintados, es cierto, pero completamente ajenos al carácter que hoy se requiere en tales obras, los cuales cuando se proponen expresar muchas cosas y han de apelar para ello á las minuciosidades de detalle y á los medios tonos, no pueden producir gran impre-

sión. El artista berlinés Carlos Rochling sintió como la mayoría de sus colegas esta influencia que aparece manifiesta en su cartel para la Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín de 1891 y en el que compuso para la de 1895, que reproducimos, en el cual vemos á un pintor delante de su caballete vestido en traje de la época del Renacimiento.

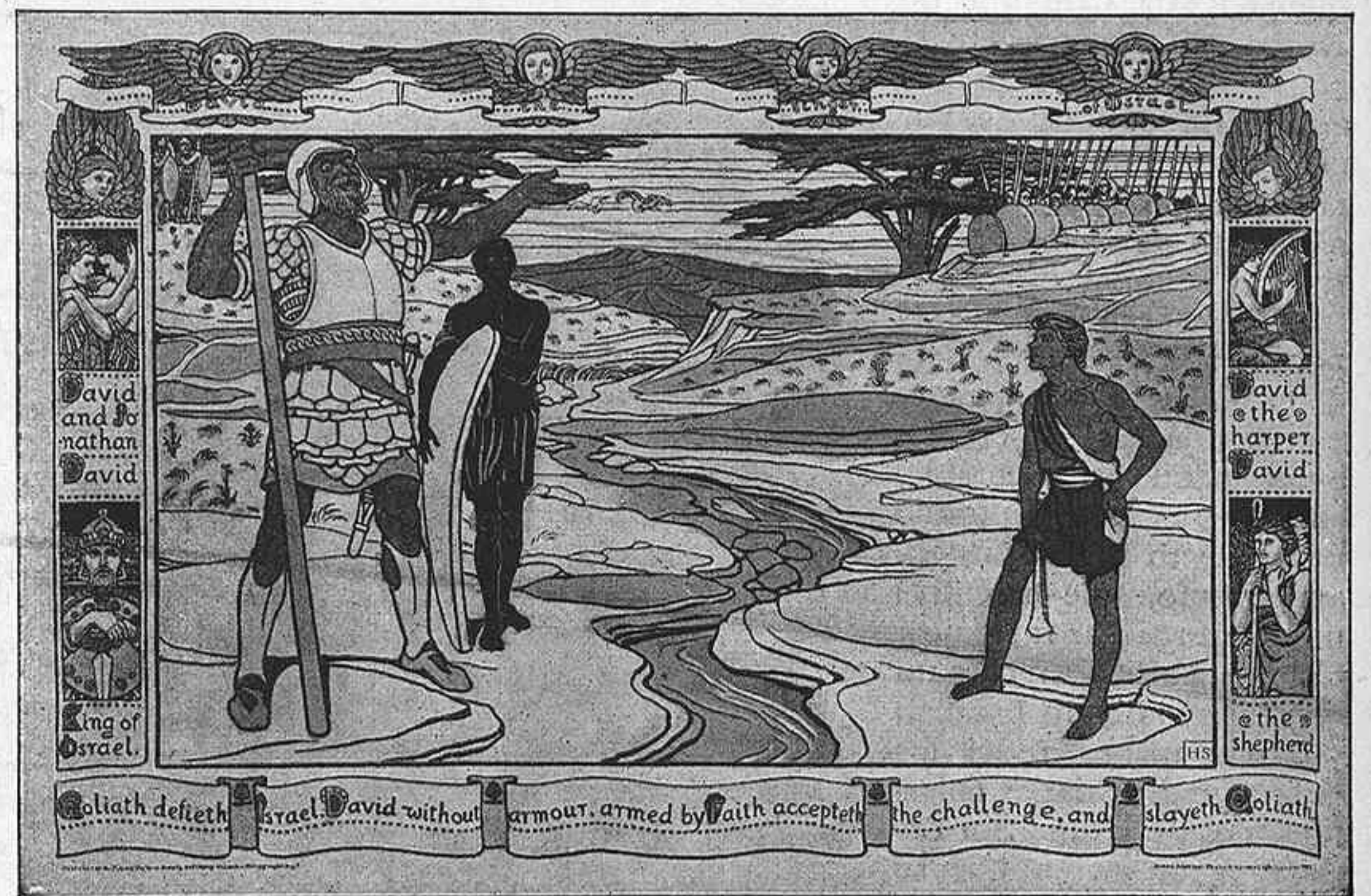
Poco á poco, sin embargo, las tendencias modernas se han ido imponiendo en Alemania, y hoy los artistas de Munich y de Dresde especialmente dan muestras, como se dijo en el número 847, de una gran originalidad que entra de lleno en el modernismo.

De cuarenta años á esta parte en Inglaterra han tomado inmenso vuelo las bellas artes y las industrias artísticas, gracias á los continuados esfuerzos de algunos hombres de gran talento y entusiastas por el florecimiento del arte nacional. Ya la primera exposición universal de Londres demostró que aquel país había de hacerse independiente del arte y de la industria extranjeros, y que era preciso despertar en la numerosa clase media el gusto para adornar artísticamente las viviendas. La fundación del Museo de South Kensington y la creación de multitud de escuelas de industrias artísticas prepararon el terreno para que el pueblo fuese sensible al arte é hiciera ostentación de su potencia artística. Juan Ruskin y Guillermo Morris pusieron al frente del movimiento iniciado para hacer efectiva esta educación popular, no cesando de pregonar que el arte decorativo no podría llegar á su completo florecimiento sino identificándose en absoluto con el arte supremo. Ya en 1859, es decir, en una época en que la industria artística inglesa aún no existía, supo Ruskin, citando como ejemplo las más grandes obras de arte de todos los tiempos, convencer á sus compatriotas del valor y de la importancia del arte decorativo.

Guillermo Morris, el más ilustre de sus discípulos, llevó á la práctica las teorías por Ruskin sustentadas promoviendo un poderoso movimiento artístico en el cual tomaron parte los más ilustres artistas que



Cartel anunciador de la Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín de 1895, original del artista alemán Carlos Rochling.



DAVID Y GOLIATH, dibujo original del artista inglés Heywood Sumner

aportaron todos sus esfuerzos para ennoblecer, digámoslo así, los objetos más sencillos de uso corriente: Fred Madox Brown, Eduardo Burne Jones, Dante Gabriel Rossetti, Felipe Webb y Walter Crane fueron en esta meritoria campaña los valiosos auxiliares de Morris. Por iniciativa suya surgieron las conocidas pinturas Fitzroy, esas láminas decorativas de armónicos colores, reproducidas mecánicamente y destinadas á escuelas, hospitales, casas de misiones, viviendas particulares, cuartos de niños, etc., cuyos croquis hicieron Walter Crane, Heywood Sumner y otros, tomando como asuntos pasajes bíblicos, fábulas, cuentos infantiles, las cuatro estaciones, las profesiones y oficios y demás análogos.

Entre estas láminas merecen ser citadas para nuestro objeto en primera línea las que se ejecutaron según dibujos de Heywood Sumner, porque tienen muchos puntos de contacto con el cartel moderno, pues si bien sus colores son poco vivos, la técnica sencilla de sus vigorosos contornos y de sus superficies planas se ajusta perfectamente á las exigencias del género que nos ocupa. Por esta razón reproducimos uno de estos dibujos, que representa á *David y Goliath* y que creemos digno de ser conocido por esa afinidad con los modernos carteles, acerca de cuyo desenvolvimiento en Inglaterra nada hemos de añadir á lo que decía el artículo de Luis Hollfeld que precedió á esos estudios parciales que venimos publicando. - A.

den ser tomados como buenos ejemplos por los que quieran cultivar este género impresionista.

Aun cuando los artistas alemanes no fueron de los primeros en cultivar el cartel moderno, sino que hubieron de someterse á las influencias extranjeras, han progresado tanto en esta nueva rama del arte que,

EL DESTRUCTOR DE TORPEDEROS

«AUDAZ»

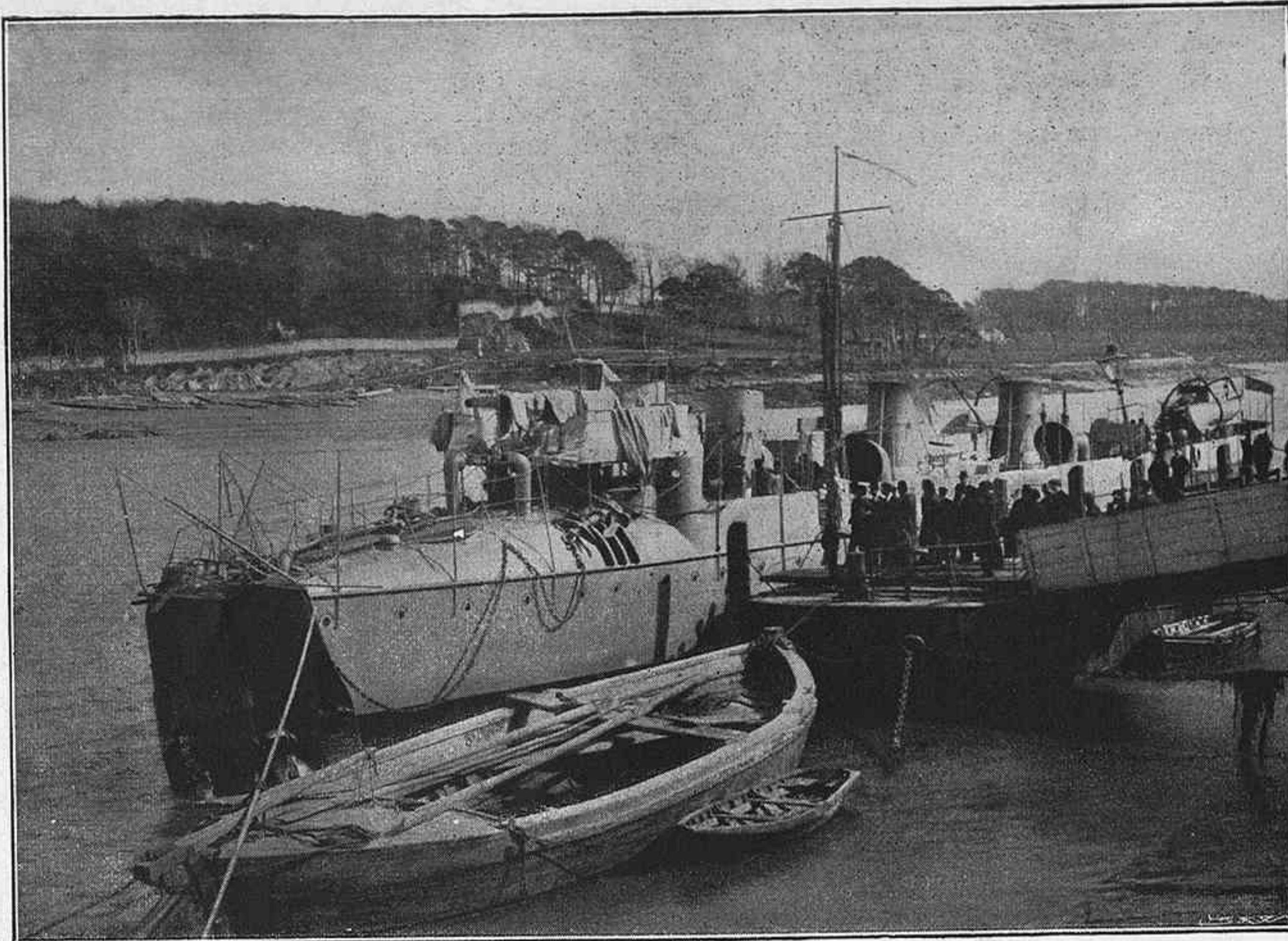
Las pruebas recientemente realizadas por este buque de nuestra escuadra en las aguas de Waterford han dado un resultado brillantísimo, pues á pesar del mal estado del mar y del fuerte viento que reinaba, anduvo á razón de 30 millas hor hora. El *Audaz*, que monta un cañón y una ametralladora, tiene 67'056 metros de eslora y desplaza 380 toneladas: según dicen los que lo han visto y han presenciado las pruebas, es un ejemplar magnífico de la moderna arquitectura naval y posee una velocidad igual á la de las mejores embarcaciones de su clase de la marina inglesa.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

DE ROMPE Y RASGA, por J. López Silva. - El nombre del celebrado escritor que tan bien sabe pintar los cuadros de costumbres de la gente del pueblo madrileño es la mejor garantía de la bondad de las composiciones reunidas en el tomo 58 de la «Biblioteca Diamante» con tanto éxito editada en esta ciudad por D. Antonio López. De *rompe y rasga*, se vende á dos reales.



EL DESTRUCTOR DE TORPEDEROS «AUDAZ» EN LOS ASTILLEROS DE WATERFORD (Inglaterra)

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Monitor de las Exposiciones, edición española del órgano de la Exposición de París de 1900; *Feria Concurso Agrícola*, órgano oficial del Comité Ejecutivo de la feria-concurso que pronto se inaugurará en Barcelona; *El Criterio católico de las Ciencias Médicas*, revista mensual barcelonesa de Medicina, Cirugía y Farmacia; *Revista de la Unión Ibero-Americana*, revista mensual madrileña; *Revista Contemporánea*, de Ciencias, Letras, Ingeniería y Arte Militar que se publica dos veces al mes en Madrid; *La Industria papelera*, publicación mensual de Tolosa; *La Alhambra*, revista quincenal de Artes y Letras, de Granada; *El Urbión*, semanario de Ciencias, Literatura y Política, de Soria; *El Loro*, semanario madrileño de sátira, crítica, literatura y espectáculos; *La Revista Médica de Puerto Rico*, periódico científico y profesional que se publica quincenalmente en San Juan; *Revista de Quito*, semanario de política, literatura, noticias y variedades, de Quito (Ecuador); *El Peruano*, boletín oficial del gobierno del Perú; *El Río de la Plata*, semanario ilustrado de Buenos Aires, órgano de la Asociación Patriótica Española; *Boletín Bibliográfico Español*, publicación mensual oficialmente autorizada por el ministerio de Fomento.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS SEÑORES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I - CARNE - QUINA

En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

II - CARNE-QUINA-HIERRO

En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1877 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

PILDORAS Y JARABE
 de
BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre,
 la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Es el producto verdadero con la
 firma BLANCARD y las señas
 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS Y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos.
 E. FOURNIER Farm^o 114, Rue de Provence, en PARIS
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pose y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et C^{ie} 8, rue de Valenciennes

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,
 Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
 Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
 ción que produce el Tabaco, y especialmente
 á los SEÑORES PREDICADORES, ABOGADOS,
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la
 emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Escribir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os}, 102, R. Richelieu, Paris.

ENFERMEDADES
 del
ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
 riosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Escribir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

EL APIOL de los D^{os} JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
 todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores
 y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar
 la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
 los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,
 la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, con-
 vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas
 las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

OBESIDAD
 tratada con éxito desde hace 30 años con las
PILDORAS DE REDUCCION DE MARIENBAD
 En las principales Farmacias
 del D^o SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
 son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

LA MUJER OSO

La exhibición de monstruos y fenómenos únicamente para satisfacer la curiosidad del público no tiene justificación alguna desde el punto de vista estético, y únicamente puede hacerla tolerable la idea de que gracias á este medio logran aquellos infelices ganarse el sustento y la de que tales exhibiciones suelen ofrecer algún material que es interesante á la ciencia.

Los antropólogos especialmente se interesan por esos seres deformes, y el mismo ilustre profesor Virchow, de Berlín, no se desdeña de estudiar estas «curiosidades humanas», entre las cuales merece ser incluida la mujer oso, que recientemente se exhibió en el Panópticum de aquella capital y que el adjunto grabado reproduce: La Sociedad antropológica berlinesa, en varias de cuyas sesiones fué examinado este fenómeno, se ocupó de la especial estructura de los miembros del mismo, habiéndose demostrado por la aplicación de los rayos Roentgen que la disposición de los huesos era anormal, constituyendo un caso de focomelia.

El ser deforme al cual se ha dado el raro y gráfico nombre



LA MUJER OSO QUE SE HA EXHIBIDO EN EL PANÓPTICUM DE BERLÍN (de fotografía de Guillermo Scharmann)

de mujer oso y á la que para imprimirle mayor carácter se exhibe vestida con una piel de este animal, carece en efecto de antebrazo y de pierna, de modo que las manos y los pies están casi á continuación del codo y de la rodilla respectivamente. Este fenómeno de la falta de tales miembros había sido estudiado varias veces por hombres de ciencia y hasta ahora habían creído que los seres que la padecían no podían vivir: la mujer oso ha demostrado lo contrario.

Estas investigaciones y discusiones de la Sociedad antropológica han tenido para los empresarios del fenómeno la ventaja de destruir una sospecha que había hecho circular la policía de Dresde, antes de que la exhibición se hiciera en Berlín, cual era la de que aquella disposición anormal de los miembros de la mujer oso provenía de la llamada enfermedad inglesa, por lo cual, puesto que no se trataba de un fenómeno sino de la consecuencia de una enfermedad, habíase prohibido el espectáculo. La ciencia ha restablecido la verdad de los hechos, y hoy la mujer oso puede exhibirse públicamente, utilizando además el reclamo que de modo indirecto le han hecho los hombres científicos. - K.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 distipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones y curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso
 Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas»).

Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita: 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eozema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los párpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE. Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

TARIN, Farmacéutico de 1ª Clase, ex-interno de los Hospitales
 PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

PANCREATINA DEFRESNE
 POLVO Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris. PILDORAS

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión. En todas las buenas Farmacias de España.

AVISO A LAS SEÑORAS
 EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Gragéas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Selne.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatosis.
 El Mismo con IODURO DE POTASIO Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.